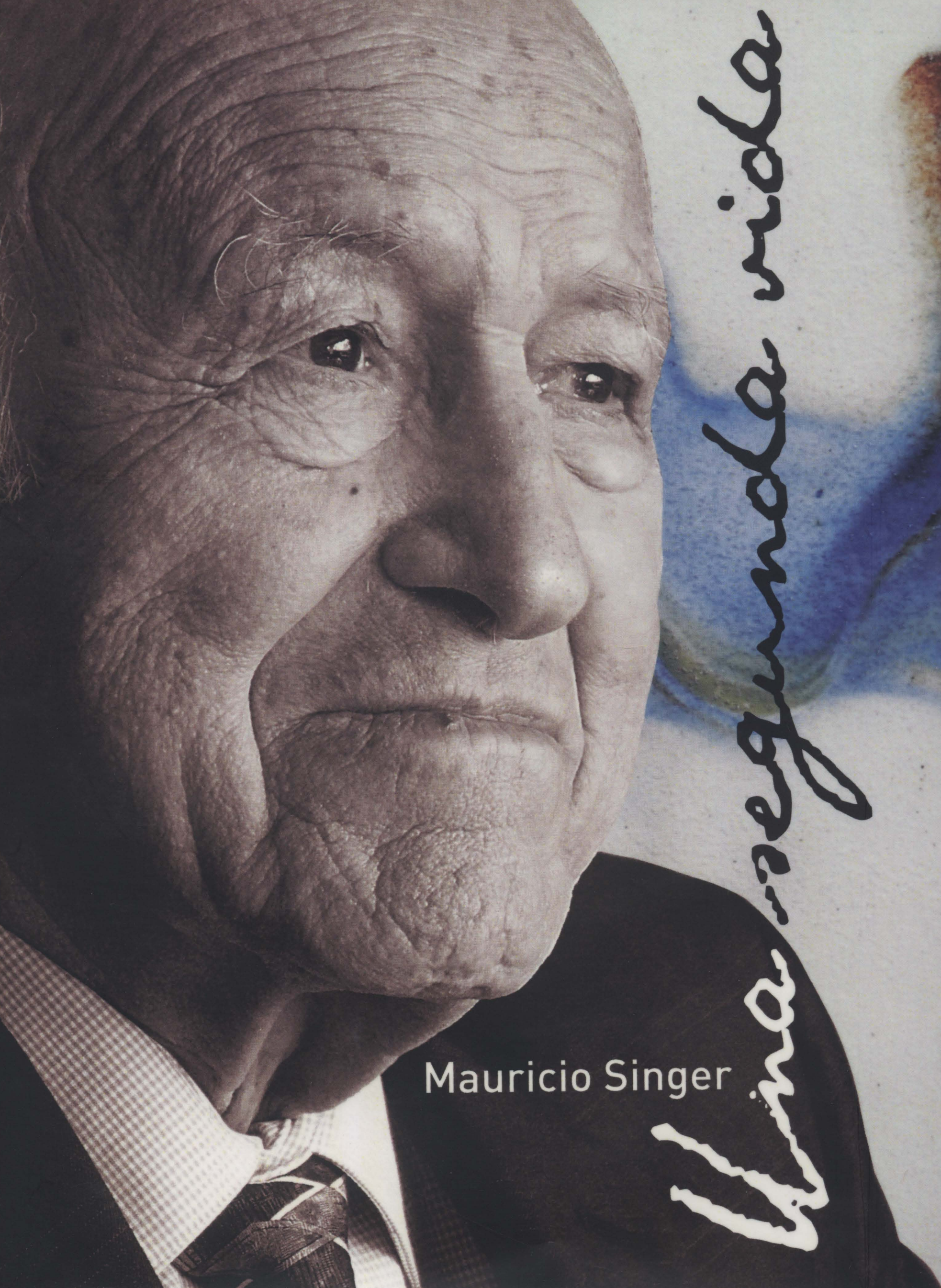

Una segunda vida
Mauricio Singer

Mauricio Singer Pféffer nació el 19 de mayo de 1927 en Mosciska, Polonia. Es en este lugar donde sus padres, Salomón y Sara formaron una familia judía procreando a Jorge, Luca, Mauricio y Mila; en hebreo Heliakim Getzel, Lea, Moshe y Miriam.

Este libro es una narración que Mauricio Singer hace sobre las consecuencias inhumanas que transformaron una comunidad pequeña como Mosciska, al invadir Alemania a Polonia el 1 de septiembre de 1939 y posteriormente, el arribo del ejército soviético como parte del pacto secreto conocido como Ribbentrop-Mólotov.

Es hasta ahora que el autor da a conocer cómo este hecho afectó a su familia. Su inspiración para escribir el libro son sus nietas pero lo narra desde la perspectiva de una vida plena.

Mauricio ha tenido una vida intensa y feliz, tanto en el ámbito familiar como en el personal. Fue empleado, agente viajero y fabricante de zapatos; viajero incansable, lector constante y ceramista.

Cuando son liberados, su hermana Mila y él parten de Siberia. Este libro nos cuenta el camino que los llevó a recorrer algunos lugares de Europa hasta llegar a México. Ahí da inicio *una segunda vida*.

Una segunda vida

Mauricio Singer Pféffer

Una segunda vida

Testimonio de la deportación de judíos a Siberia
El caso de Mosciska, Polonia



Una segunda vida
Testimonio de la deportación de judíos a Siberia
El caso de Mosciska, Polonia
Primera edición, noviembre de 2013

Edición: Concepción Hernández Rodríguez
Diseño y fotografía de portada: Evelyn Alarcón Siles
Formación: Capitulares

IMPRESO EN MÉXICO

A cada una de mis nietas

A cada uno de mis hijos

A Guitele

A cada uno de los seres humanos
con los que me encontré en esta vida

A la vida, con mi agradecimiento
por todo lo que me ha dado

Una segunda vida

PRESENTACIÓN

A mi parecer es necesario que aclare el motivo por el cual escribí el presente texto. En un principio algunas de mis nietas, por razones de tareas escolares, me preguntaban sobre mi vida durante la Segunda Guerra Mundial. Así que les platiqué en términos generales, mi historia. Sin embargo, quien fue determinante en mi decisión de escribirla fue mi querida esposa Guitele; la presencia más importante en lo que yo llamo *Una segunda vida.*

Lo que a continuación leerán es una historia que por mucho tiempo callé y por tanto, no imaginé que llegaría a escribirla. Sólo pensar en platicarla me apenaba; como a tantos otros judíos amigos míos y quizá a muchos más. Me

refiero a que nos avergonzaba dar a conocer lo que padecimos durante esa conflagración mundial, no fuera que nos calificaran de tontos. Difícil entender esto, si se carece de una mentalidad judía y quizá, no se pertenece a la generación de ese entonces. Esta resistencia por narrar mi vivir de entonces, incluía a mi querida Guitele quien respetó mi decisión hasta que cambié de parecer; le agradó mucho enterarse que ya estaba listo para hacer un viaje a aquellos años de mi infancia y adolescencia.

Agradezco a nuestra amiga de tantos años, Concepción Hernández Rodríguez por su apoyo para escribir mi biografía. También a Evelyn Alarcón Siles por el diseño de portada.

Por último, concluyo diciendo que esta historia familiar es un testimonio sobre un caso poco narrado: la deportación de judíos polacos a Siberia por causa de la repartición del territorio de Polonia entre los gobiernos de Hitler y Stalin.

Ciudad de México, D.F., enero de 2013
Año 5774 del calendario judío

PRÓLOGO

Con este texto cumplo varios propósitos que les doy a conocer.

El primero es testimonial. Mi historia es una de las tantas que surgen por causa de la deportación de judíos polacos a Siberia en el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Por lo que conozco, este acontecimiento ha sido poco documentado y espero que algunos otros testimonios se sumen al mío.

Considero que para muchos como yo, personas comunes, hubo seres humanos y acontecimientos que nuestra alma no olvida. El antisemitismo que vivimos, algunos lo superamos con éxito, otros sucumbieron o la vida no vol-

vió a ser algo para ser vivida. Todos ellos forman parte de mí, pues lo que soy tuvo que ver con ellos.

Mi segundo propósito es honrar su memoria pues todos fueron héroes maravillosos sin los cuales yo no hubiera sobrevivido. Es una manera de que mi familia conozca una historia que espero les muestre que la vida merece vivirse sin que ello signifique olvidar el pasado, más bien, honrar a los seres humanos con quienes lo compartimos.

Por último, deseo que mis nietas se percaten de cuán importante es superar la adversidad; remontándola por medio de la valoración precisa de los acontecimientos, es decir, elegir aprender del pasado en lugar de lamentarlo por siempre. Lo que nos acontece nos afecta negativamente tanto, como nosotros lo permitamos. No existe un buen motivo para malvivir.

Mis nietas son muy jóvenes y algunas muy pequeñas, en su mundo, no existe un motivo para la desgracia, sólo aquello que acontece regularmente a sus edades y condiciones. Sin embargo, desearía que crecieran en carácter mediante la reflexión del acontecer humano, iluminado por nuestra tradición judía tan llena de sabiduría para vivir y para trascender. Las que logren hacerlo, sin duda, ganarán en fortaleza tan necesaria ahora ante la crisis general mundial.

Nos encontramos en el inicio del 2013, hace 73 años de la Segunda Guerra Mundial cuyo periodo se sitúa entre 1939 y 1945. En mayo próximo celebraré mis 86 años, es decir yo tenía 12 años cuando se inició el conflicto de alcances inhumanos para casi la mayoría de las naciones del mundo.

El hecho histórico que sitúa el inicio de este conflicto bélico fue la invasión alemana a Polonia el 1 de septiembre de 1939. La Alemania nazi daba así su primer paso fuera de sus fronteras. La decisión estaba arropada en el pacto Ribbentrop-Mólotov firmado con la Unión Soviética el 23 de agosto de 1939 cuyas cláusulas determinaban cómo ambas naciones se repartirían Europa del Este y Central. Desde esta perspectiva bélica contaré cómo fue transformada la vida de una familia judía y una comunidad pequeña como Mosciska.

CAPÍTULO I

Nuestros orígenes



Mi padre fue Salomón Singer y mi madre Sara, cuyo apellido de soltera fue Pféffer, Sara Pféffer.

Nací el 19 de mayo de 1927 en Mosciska, Polonia. Para el registro civil, me fue dado el nombre de Maurycy Singer. Al circuncidarme recibí el nombre hebreo de Moshe. En casa me han llamado Mundek y también lo hacen mis amistades cercanas.

¿Cuándo me empezaron a llamar Mauricio? Cuando llegué a La Habana, Cuba.

La tradición de dar nombres bíblicos a las personas actualmente ya no es usual; tampoco el nombrarlos en memoria de algún antepasado. En esos tiempos, los abuelos

solían sugerir y los padres los escuchaban y decidían el nombre de sus hijos. La selección actual del nombre para un recién nacido queda al arbitrio de los padres en la mayoría de las ocasiones. De tal manera que por ejemplo se elige Talía porque significa rocío de la mañana.

En Mosciska nacieron mis padres así como tres de sus hijos, excepto Jorge que nació en Berlín. Fue el hermano mayor y nació el 2 de enero de 1915. Le llamaron Gerhard, es decir, Jorge. Su nombre hebreo fue Heliakim Getzel en memoria de nuestro abuelo materno. Jorge falleció el 25 de marzo de 1995 en la ciudad de México.

El segundo hijo, fue mi hermana Luca, que en hebreo corresponde a Lea. Nació en 1921. Mi segunda hermana, menor que yo, nació el 21 de agosto de 1929 y fue llamada Mila, en hebreo corresponde a Miriam. Este nombre era en memoria de nuestra abuela paterna.

La boda de mis padres fue en 1914, pocos meses después mi madre se embarazó de Jorge y mi padre fue llamado a la milicia con el ejército austro-húngaro, daba inicio la Primera Guerra Mundial.

Mi padre fue prisionero de los rusos por lo que fue llevado a Siberia donde fue mantenido ahí la misma cantidad de años que yo, seis. Una coincidencia que no deja de impresionarme.

Durante ése tiempo, mi madre, sus hermanas y mi abuela, se fueron a vivir a Berlín para protegerse de la guerra. Por eso, Jorge nació en esa ciudad. Mis abuelos paternos siguieron viviendo en Pezemys'l.

Al concluir la Primera Guerra Mundial y como resultado de los acuerdos entre los vencedores, a mi padre lo liberaron los rusos. Por eso, puede viajar a Berlín para llevarse a mamá y a Jorge de regreso a Mosciska. Las tías y mi abuela se quedaron en Berlín. En 1935, mi abuela regresó a nuestro pueblo, para vivir con nosotros sus últimos días.

A la edad de trece años mi padre se fue a vivir a Suiza. Entonces no existían las fronteras burocráticas. Ahí aprendió el oficio de relojero pues permaneció cinco años en la ciudad de Biel.

Cuando mi hermano Jorge vivía en la ciudad de México y era gerente en H. Steele y Compañía, viajó a Suiza y visitó el lugar donde le tomaron una fotografía a mi padre.

Mi abuelo materno, Heliakim Getzel, fue alguien importante en Mosciska, autodidacta y autor de un libro en hebreo antiguo. También se escribía con el cardenal católico de Cracovia.

Antes de la Primera Guerra Mundial, mi abuelo materno escribió un poema con motivo del nacimiento de su primer hijo. Este poema se encuentra en Tel Aviv, donde

fue dado a conocer por un erudito ya que su traducción implica gran dificultad pues se encuentra en un hebreo tan antiguo, como algún libro del Talmud.

Mi abuelo paterno, Samuel, vivió en Pezemys'l a 27 kilómetros de Mosciska. A mi abuela Mila no la conocí. De mi villa a la estación del tren se llegaba en carreta. Viajábamos en tren para visitar al abuelo con motivo del Pesaj, que dura ocho días. Los dos primeros días son festivos y los pasábamos en casa donde leíamos la Agadá para recordar cómo los judíos salieron de Egipto y se liberaron así de su esclavitud. Luego seguían cuatro días semifestivos y dos festivos.

En nuestra villa no había servicio de agua y drenaje ni electricidad. Por ello, había el oficio de aguador quien con unos contenedores de madera la transportaba desde alguno de los pozos que había. Los pozos tenían un borde de piedra y los protegía un techo de dos aguas.

Las velas y las lámparas de kerosene o de gas nos servían para iluminar una habitación o para leer. La tienda de mi padre en invierno se iluminaba con una o dos de esas lámparas.

Mi recuerdo más remoto es de la edad de cuatro años, corresponde a la visita que hiciéramos a mis tías y a mi abuela hasta Berlín. Recuerdo con claridad la estación subterránea del ferrocarril a la que llegamos a mediano-

che. Mi abuela y sus hijas vivían en un edificio de más de dos pisos, del que recuerdo su elevador con puerta junto con un barandal en la escalera, ambos de bronce o acero. A mí me impresionó porque yo sólo conocía la madera. El motivo de nuestra visita fue la boda de una tía, quien era la consentida de mi abuela pues así lo decía una de sus sobrinas.

Ese edificio se mantuvo en pie y al término de la Segunda Guerra Mundial, les fue devuelto a mis primas. Deseé regresar a visitarlo cuando viajé alguna vez a Berlín, ya viviendo en México, pero no tengo referencia alguna para localizarlo, pues mis primas ya habían fallecido. Lo que sí recuerdo es que el edificio estaba cerca de una jefatura de policía.

Mi padre empezó como relojero en Mosciska. Después, en 1920, en el mismo edificio donde había vivido la familia de mi mamá, nosotros ocupamos el espacio que ellos habitaron –antes de irse a Berlín– y abajo, a la calle, había un local donde tenía su relojería. Consiguió, además, la concesión del gobierno de vender libros para las escuelas de Mosciska y de los pueblos aledaños. Los libros eran impresos por el gobierno quien tenía un control sobre ellos.

Además, papá tenía la concesión de la pólvora y municiones para cazar. También una papelería donde vendía plumas fuente, de ésas de bomba para cargar la tinta.

Eso me recuerda que en la escuela, que cursé hasta el quinto año, usaba manguillo con puntas y un tintero que colocaba frente a mí, en el mesabanco que ocupábamos cuatro alumnos. Por cierto, teníamos profesores estrictos.

Mamá se levantaba temprano para preparar el desayuno que bajaba a mi padre entre las ocho y media y nueve de la mañana. Había inspectores que verificaban los horarios de la tienda. La sirvienta vivía con nosotros, era parte de la familia como en otras casas judías. Teníamos una habitación grande donde había una mesa de comedor con ocho sillas. También había una recámara para mis padres. En la cocina se tomaban los tres alimentos del día. La sirvienta dormía ahí, en lo que de día era un banco y de noche una cama. Nuestras camas contaban con un colchón de paja. Recuerdo la estufa de hierro con tres planchas.

Por la tarde, la ropa se hervía en un contenedor de lámina con mucha agua. Por cierto que mi padre solía decir "en las guerras se termina primero el jabón y el azúcar, después el pan y luego la carne."

Polonia no aceptaba la importación de azúcar. Ya se conocía la sacarina de la cual tampoco se permitía la importación. La presentación del azúcar era en cubos y se introducía a la boca para consumirla a mordidas o se colocaba en el té. El azúcar era de remolacha. Los cubitos de azúcar

eran blancos y la molida, era cristalina. La sal provenía de las minas de sal de Wieliczka, cerca de Cracovia.

Mamá hacía repostería los viernes en la mañana para celebrar el sábado. Por lo tanto, no bajaba a la tienda, se quedaba preparando la comida del sábado El viernes en la noche y el sábado antes o después de comer, mi madre nos ofrecía una galleta o cuernitos *rogele* en idish. Las galletas tenían un glacé encima. "Sólo una, decía mamá, hay más, pero sólo una para no ser golosos." Panes dulces, postres, *rogele,* galletas glaseadas, todo muy delicioso. En verano, las recetas que preparaba mamá eran frías.

En invierno los días eran cortos. Cotidianamente, se tomaban alimentos cinco veces al día, en el desayuno un *rogele* y un café o un huevo. A media mañana bajaba mamá a la tienda, con verduras y también a media tarde. Había un segundo desayuno, en México se llama almuerzo.

El sanitario era una fosa séptica con una caseta, se construía separada de la casa. Después me di cuenta que en México se tenía esta costumbre.

El sábado, quien calentaba la comida era la joven que ayudaba a mamá, dado que se consideraba como gentil.

Mi hermano Jorge salió de Mosciska en 1936 para llegar a México con visa de turista. Fue recibido por mis tíos maternos.

En 1918, mi tío Nathan Pfeffer había llegado a México. Regresó a Europa para casarse y trasladarse después a Palestina para vivir ahí algunos años, posteriormente regresó a México. A sus hermanos Israel y Jacobo, les platicó que México era un país donde no se conocían las medias de seda. Estos tíos vinieron a México, se dedicaron a importarlas y de ahí su prosperidad.

Los tíos trataban al señor Steele por lo que le recomendaron a Jorge para un empleo. Ingresó a la Casa H. Steele y Compañía con el nombre de Jacobo porque no tenía pasaporte para permanecer en el país.

El señor Steele llegó a México antes de la Primera Guerra Mundial proveniente de Polonia, por ello su formación era *ashkenazi*. A México llegaron entre 80 y 100 judíos como consecuencia de esa guerra. Pienso que así evitaron las circunstancias terribles de la Segunda Guerra Mundial.

Muchos años después, cuando llegué a México en 1950, Jorge tenía un cliente que con el paso del tiempo, se convertiría en su amigo, trabajaba en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Este amigo fue quien regularizó la estancia de Jorge en el país.

En mi niñez, durante el verano, como era costumbre entre muchas familias, se viajaba con motivo de las vacaciones escolares. En 1938, de vacaciones con mi madre y

mis hermanas, en spas cerca de la frontera con Checoslovaquia, estaba jugando, de pronto me caí, rompiéndome la mano. Mamá habló con papá y éste le dijo que nos trasladáramos a Przemys'l para que me atendiera un doctor de apellido Tirkel. Junto con papá, el doctor había estado en Siberia. Me sacó una radiografía, me atendió y no nos cobró sus honorarios.

Mi padre fue regidor mediante elecciones en Mosciska, presidente de la sinagoga, de la Comunidad de Beneficencia y de la Asociación Sionista; también fue fundador de la biblioteca judía de la ciudad. Era un miembro importante de la comunidad. Mi padre era un liberal, la religiosa fue mi madre.

En Polonia era obligatoria la educación primaria a los seis años. Mosciska era hermosa, tenía una oficina de policía y un segundo grupo que no estaba armado. Había una plaza.

Yo estrenaba mochila cada año, el quinto año de primaria, fue muy especial. Ya casado con Guitele, fuimos a Polonia, donde un amigo nos llevó a visitar Cracovia. Entramos a un negocio de piel y ahí estaba una mochila igual a la que yo usaba en primaria. La compramos y fue para nuestro amigo que había hecho de muy buena gana, de guía turístico.

Durante los cinco años de estudios de primaria, tuve el mismo profesor de apellido Kulczycki. La palabra polaca "pan" significa señor, y la palabra polaca "uczyciel" significa profesor. De tal manera que fue mi Pan Uczyciel Kulczycki. Fue muy exigente, como la mayoría de los profesores de esa época. Después de cada hora de clase había un descanso de cinco minutos. Por cierto, de las 11 a las 11:15 se les daba de desayunar a los niños pobres.

El profesor revisaba la limpieza de manos, uñas y oídos. Él asignaba los lugares. Yo me sentaba con cuatro compañeros. Antes del quinto año usábamos pluma y tintero. A partir del quinto, pluma fuente.

Comíamos a las dos de la tarde, recién regresaba de la escuela. En el recuerdo, tengo la sensación de lejanía, pero la escuela estaba sólo a tres cuadras. A partir de las cuatro de la tarde iba a una escuela de paisanos para aprender idish y la Torá. Salíamos a las siete de la noche. He ahí mi rutina diaria.

Como niño judío, aprendí en una escuela rabínica, Heder. Desde los tiempos babilónicos las escuelas tienen el nombre de Heder que significa cuarto en idish. Las clases trataban sobre lo que es el mundo y tu mundo. Desde los cuatro años, tuve un profesor muy preparado. Mis compañeros correspondían a diversas edades, quizá con diferencia de un año. La Torá, la Parashá y otras escrituras

antiguas fueron nuestras lecturas. Ahí aprendí además del idish, el hebreo. En la antigüedad, en Babilonia, se hablaba el arameo y el hebreo.

Ingresé a la primaria a los siete años de tal forma que en el quinto año, cumplí once. Cumplí doce años en mayo de 1939 y el primero de septiembre de ese año empezó para muchos de nosotros, lo que sería la Segunda Guerra Mundial.

En la primaria aprendí polaco. Cuando el profesor entraba al salón, nos poníamos de pie y le saludábamos. Los niños católicos acostumbraban rezar el padre nuestro y daba inicio la clase. Una vez a la semana había una hora de religión. En el caso de los alumnos judíos, en un salón aparte, nos enseñaban nuestra religión en idioma polaco.

Jorge mi hermano, según mi padre, sería impresor. Pero Jorge deseaba irse a Palestina, sólo que únicamente aceptaban judíos con visa, la cual él no tenía. Papá entonces le propuso venir a México para que luego se llevara a la familia.

El sábado papá no trabajaba. Entre semana si era invierno lo hacía hasta las cuatro de la tarde; en verano hasta las cinco o seis.

Los viernes terminaba para nosotros la semana. Los sábados y días festivos vestíamos una ropa especial que mis padres compraban para Pesaj y año nuevo.

El viernes mamá encendía las velas que estaban colocadas en la menorah, un candelabro de plata de 8 brazos. Reunidos todos, mamá bendecía las velas diciendo "Gracias a Dios por permitirme bendecir las velas." Se deseaba buen sábado.

Mi padre, Jorge y yo, íbamos a la sinagoga que se encontraba a media cuadra de casa; mi madre y mis hermanas se quedaban en casa. Mi madre era religiosa por lo que cuidaba el *kashrut*.

Al regreso de la sinagoga, papá bendecía el vino y nos servía un poquito a cada uno. Para él, servía una copa al ras, como es la costumbre. Así se iniciaba nuestra cena familiar de *shabat*.

Al día siguiente, nos poníamos la ropa festiva y los hombres íbamos nuevamente a la sinagoga.

Como a las 13 horas papá tenía como norma visitar a la abuela Rabner para darle *kabot* (respeto). Ella era la mamá de su amigo Ben Tzion Rabner, casado con una rusa durante su permanencia en Siberia. A esta visita semanal acudía toda la familia, era a quien más visitábamos de todos nuestros amigos y conocidos.

La señora Rabner, vivía con cuatro hijas. Papá logró que una de ellas emigrara a Palestina. Otra más partió para los Estados Unidos ya que un hermano vivía en ese país. Mi padre las apoyaba económicamente como suelen hacerlo

los judíos con aquellos paisanos que lo necesitan. El apoyo mutuo es una tradición de la comunidad judía.

Luego, regresábamos a casa para la comida. Como era sábado, la *jalá* (pan con sal) papá la cortaba para cada quien y bendecía, después comíamos.

Papá acompañado de mamá visitaba amigos por la tarde, o ellos recibían a amigos que acudían sin los hijos.

Ya en casa, mamá permanecía un rato en la ventana hasta que aparecían las tres estrellas y entonces papá encendía una vela trenzada. Mientras sostenía una copa de vino, mi padre bendecía la semana y entre nosotros, nos deseábamos una feliz semana.

Teníamos como vecinos a la señora Perele y su esposo, que solía llamarme para que yo le ayudara a sostener la vela mientras él la encendía. Era mucho más grande en edad que mi papá.

Papá tenía un gramófono y le daba cuerda, ponía la aguja al principio del disco y empezaba la música. Cada disco duraba entre tres o cuatro minutos. La música podía escucharse en toda la casa, pues tenía dos bocinas.

En nuestro pueblo llegaban los periódicos de una ciudad cercana. Cada sábado mi padre lo leía, se publicaba en idish. El periódico solían prestárselo entre todos los intelectuales del pueblo.

CAPÍTULO III

Siberia



En mi caso, existe un gran vacío de los doce a los dieciocho años. La causa es un misterio para mí. Es como si me hubieran robado mi historia colectiva, familiar y personal, pues nos arrancaron a muchos de un estado existencial que sentíamos nos conduciría a un desarrollo humano como al que tuvieron o tendrían otras comunidades, otras familias, otras personas. Nos arrancaron y nos plantaron a la fuerza en otro futuro. Uno donde fallecieron seres entrañables con lo cual los sobrevivientes perdimos una parte de nosotros.

Sin embargo, la vida es tan bella, es tan interesante, con tanto por saber, con tanto por conocer, con tanto por lo-

grar, sobre todo, ¡con tanto por compartir! que heme aquí, agradecido de estar vivo pues mi familia y mi comunidad son todo para mí.

A partir del primero de septiembre de 1939 nuestra vida cambió drásticamente, a tal punto que por un lapso de tiempo sólo sobrevivimos, no todos, sólo algunos. Hubiéramos querido que nos acompañaran, y lo hacen pues su recuerdo nos mantiene unidos.

En casa no teníamos radio, pero en una cervecería mi padre y yo fuimos a escuchar al presidente de Polonia que anunció la invasión de nuestro territorio por los alemanes. En casi dos semanas ocuparon Polonia. Los jerarcas Molotov de la Unión Soviética y Ribentrop de Alemania, representando a los genocidas Stalin y Hitler, se habían reunido en secreto, acordando dividirse nuestro país.

Los alemanes se quedaron en Mosciska algo así como quince días cometiendo cotidianamente muchas atrocidades. Por consecuencia de la partición de mi patria, Mosciska mi pueblo, quedó del lado soviético, así que su ejército llegó de inmediato y los alemanes se retiraron.

Ante la inminencia de esta situación, mi padre reunió en un salón de la ciudad, a casi todos los habitantes de Mosciska. Les propuso la conveniencia de tener una actitud de no oposición con los soviéticos a fin de aminorar

los efectos adversos de esa situación injusta. Se decide sobrellevar de esta manera la invasión soviética.

Durante esta ocupación, es a finales del mes de octubre de 1939 que la policía secreta se introdujo violentamente a nuestra casa, eran como las dos de la madrugada; revisó todas las habitaciones y después, se llevó detenido a mi padre. No pudimos despedirnos de él porque al resto de la familia nos mantuvieron en una habitación.

Nos enteramos que uno de los señores que trabajaba con mi padre lo había denunciado por sionista; este señor era comunista, cuestión que nosotros ignorábamos. Esto mismo hicieron con todos aquellos habitantes que poseían algún tipo de liderazgo entre la población, el origen no importó, corrieron la misma suerte polacos, judíos, ucranianos.

Al amanecer del día siguiente, mi madre me comentó del paradero de mi padre. Salí de casa y caminé más o menos dos cuadras para llegar a la cárcel. Al lado de ésta se encontraba una casa que la separaba un callejón, entro por ahí para recorrer la pared lateral de la cárcel. Desde abajo alcancé a ver a mi padre que se asomaba por entre las rejas. Me pidió que fuera con el señor Frenkel para que le comprara cigarros y fuera él quien se los llevara.

Mi madre consiguió localizar a un abogado en la ciudad de Lemberg y éste le explicó que los juicios estaban

suspendidos por lo que no había manera alguna de defender a mi padre.

Durante el tiempo que mi padre permaneció en Mosciska logré verlo desde ese callejón que lindaba con el patio trasero de los dueños de la casa. Ellos me permitían permanecer ahí, sólo me pedían que tuviera cuidado para que no los metiera en problemas con la policía.

¿Qué comentaba con mi padre? Eran más los deseos de verlo. El intercambio con él era poco. Le preguntaba cómo se encontraba. Él me recomendaba que le dijera a mis hermanos que se portaran bien.

A mi madre no le conté que fumaba porque a ella le disgustaba este hábito de mi padre. Mis hermanas estaban muy tristes, yo lloraba porque sabía que no había nada qué hacer.

En enero de 1940, a todos los presos se los llevaron en camiones descubiertos hacia la ciudad de Przyms'l y desde aquél entonces perdimos contacto con mi padre.

Hoy sabemos que en 1941 lo llevaron a Kiev, le hicieron un juicio sumario pues careció de defensa alguna y luego fue fusilado en el bosque de Katyn.

Históricamente se registra como la "Masacre de Katyn". Se consigna como una ejecución en masa de oficiales del ejército, intelectuales, policías y civiles polacos acusados

de subversión por la policía secreta soviética. Stalin y el politburó soviético autorizaron este genocidio de cerca de 22,000 polacos. Se suprimía así, según las mentalidades soviéticas la oposición probable de aquellos que poseían la inteligencia y las capacidades para oponérseles. El gobierno de Stalin acusó a la Gestapo de este genocidio, sin embargo Gorbachov reconoció que la matanza había sido obra de la temida NKVD, entidad precursora de la KGB.

En febrero de 1940 inicié mis estudios de sexto grado. Ya tomábamos las clases en ruso. El ucraniano lo estudiábamos una vez a la semana.

En abril de ese año, mi madre, mis hermanas y yo seguíamos viviendo en nuestra casa en Mosciska. Empezaron los rumores acerca de que las familias de los presos serían evacuadas. ¿Cuándo? ¿Hacia dónde? No lo sabíamos.

Mi madre empezó a hacer preparativos empaquetando nuestra ropa y todo aquello que pudiéramos trasladar. Descocía las hombreras e introducía dinero, volvía a coser, tanto los abrigos de ella como los nuestros.

Una noche, nos despertaron y entraron los policías soviéticos. Con colchas y sábanas, envolvimos las cosas. Revisaron todo y después en carretas con caballos nos llevaron a la estación de ferrocarril. Nos introdujeron en un vagón de carga.

Era de madrugada y resuena el sonido del cierre y apertura constante del vagón, cada vez que subía alguna familia. Durante cinco o seis días no se ocuparon de nosotros. El tren avanzaba. En días previos, mi madre había preparado comida suficiente para nosotros.

La experiencia es totalmente diferente a lo que había vivido en mis doce años. La policía frente a ti diciendo "rápido, rápido." Yo temblaba, mamá trataba de consolarnos, Y ese ruido cada vez que la puerta del vagón se abría. Se iba llenando, cada vez éramos más, nos íbamos apretando, no cabíamos en el pasillo del vagón, algunos de nosotros teníamos que permanecer en los tablones –a manera de entrepaños- que nos servían de camas para que otros pudieran caminar por el pasillo.

El vagón carecía de servicio sanitario. Mi mamá y otras señoras abrieron aún más un agujero que estaba en el piso. De ésa manera se resolvió. Idearon hacer una cortina con las sábanas que colgaron del techo. Para ello, se subieron a los paquetes de ropa que habían amontonado.

En ese momento, ya no sabíamos si los soviéticos eran peores que los alemanes. Tanto la Unión Soviética como Alemania, a través de sus policías secretas, disponían de traidores que vigilaban a todos los de la cuadra para enterarse de lo que hacían sus paisanos y les informaban a detalle.

No teníamos idea del trayecto del tren y a dónde se dirigía. A media noche escuché los gritos de mi hermana mayor. Lloraba, mi mamá la trató de calmar. Durante el viaje algunas veces abrían la puerta del vagón. Estábamos atrapados. A veces nos daban un pedazo de pan y *kipiatokk* (agua hervida en ruso).

El frío rebasaba los 20° C bajo cero, por lo que las orejas se congelaban y la sangre da la impresión que también.

Cuando abrían las puertas de los vagones, el hacinamiento se hacía leve, lo que alcanzábamos a ver era la pobreza extrema en los campos de la Unión Soviética. Ahí se usaba la *kufaica*, que es una chamarra hecha de harapos. Veíamos los letreros en idioma ruso.

Mamá con frecuencia tenía la mirada perdida. La sentía en una desolación total. Estaba como si la hubieran tirado de un piso. Todo es duda. Estabamos inmersos en malos olores pues no había manera de bañarte y menos de cambiar tu ropa. En las noches se colaba el frío por las juntas de las vigas de madera. Por techo, paredes y piso se cuela el viento frío.

De pronto el ferrocarril se detuvo, ya era de noche. Todo ruido cesa, material o humano. El mes más largo de mi existencia, después de treinta días de viaje, parábamos.

Treinta o cuarenta personas por vagón, habíamos hecho el viaje inesperado. Hasta que amaneció abrieron la puerta

del vagón, salimos todos, agrupados naturalmente por familia. Kustanay provincia de Kazajstán, fue el lugar de destino.

Esperamos sentados sobre nuestros paquetes. Llegaron camiones de carga manejados por un chofer a quien acompañaba un ayudante. Sin saber a dónde ibamos subimos a uno de los camiones, recorridos unos 150 kilómetros después sabríamos que habíamos llegado al pueblo de Ananivka. Era una granja colectiva, *koljoz*, todo lo que se producía ahí era para el gobierno soviético.

Recuerdo que de Mosciska habían sido arrancadas por los soviéticos, varias familias, sobre todo de aquellos padres que previamente habían aprendido y asesinado. De estas, recuerdo a una en particular, era una familia católica de apellido, Sinzdak. Ellos perdieron a su padre también, había sido juez en nuestro pueblo.

Por cierto, una de las hijas de esa familia, Zosia, fue compañera de Lea en la primaria. La policía secreta soviética los detuvo a ella, su madre, una hermana y dos hermanos, así como una tía que se encontraba en su casa de visita. Tuvieron el mismo destino que nosotros. Ella y su familia habían viajado con nosotros en el vagón cuyo destino fue Siberia, justamente su madre y la mía fueron las que organizaron la estancia de todos en el vagón. Al término de la guerra, regresaron a Polonia y vivieron en Cracovia.

Liberada Polonia del yugo comunista, Zosia empezó a a investigar el paradero de cada uno de los habitantes de Mosciska.

En un viaje a Chestochow para visitar a la Vírgen de Polonia, acudió con un sacerdote para que le orientara cómo podía obtener información sobre nuestro destino, la familia Singer. Él le aconsejó se dirijiera al Ministerio de Relaciones Exteriores y éste a su vez, solicitó información a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Justamente en la Secretaría se enteró un servidor público amigo de mi hermano Jorge y le comentó a éste. Jorge le escribió a Zosia y le informó de nuestro paradero. Transcurrirían muchos años después cuando mi esposa, mi hermana Mila y yo visitamos Cracovia y el encuentro con Zosia fue de un impacto emocional muy fuerte. Estábamos contentos y al mismo tiempo había un entorno psíquico de sobrevivientes. Inolvidable.

Era la tercera semana de mayo de 1940 –aún la Unión Soviética no entraba en conflicto con Alemania– cada una de nuestras familias fue dejada en una casa ya habitada.

En la casa que nos fue asignada, vivían una pareja de ancianos, suegros de una mujer que los acompañaba. Eran ucranianos que habían sido trasladados por órdenes del Zar, en nuestro caso, por órdenes de Stalin. Los suegros además

de ancianos carecían de dentadura. Empezaron a platicarnos cómo llegaron a las estepas siberianas.

Construyeron su casa con bloques de hierba y tierra que utilizaban para los muros y el techo. Para construir el techo los bloques se desplazaban un poco hasta cubrir el hueco. El techo era de dos aguas para el escurrimiento de la nieve. Al piso se le aplicaba una mezcla de tierra con estiércol y restos de varas de trigo secadas al sol. Se añadía agua y se apisonaba toda la mezcla.

Nos dieron una habitación con un colchón de paja, éramos cuatro personas con unos paquetes grandes haciendo las veces de baúles, pero no eran otra cosa que sábanas cosidas entre sí. El pueblo carecía de servicios sanitarios o cuando menos de letrinas. La costumbre era hacer nuestras necesidades con las "nalgas al aire".

Las temperaturas llegaban a los 40° C bajo cero. En cubetas de lámina, con un cinto se traía el agua. Se extraía a mano de los pozos que tenían una profundidad de doce a catorce metros.

A esa temperatura usábamos la misma ropa todo el año. Recién llegados, usábamos la ropa que habíamos traído de Mosciska, después mi madre empezó a utilizar las sábanas para confeccionarnos pantalones. Mis hermanas le ayudaban. Nunca nos dio un catarro, pienso

que los fríos, el aire y el agua puros así como poca comida, nos mantuvieron sanos.

Yo tenía doce años, mamá me dijo que tendría que acudir a la escuela. Ésta, sólo tenía tres grados. Ya no fui más a la escuela, mamá comprendió que no tenía caso alguno.

En la granja colectiva, cada casa tenía unos mil metros cuadrados y estaba permitido conservar las hortalizas que sembraras. Los granos eran para el gobierno, en particular para el ejército. Había un policía que nos vigilaba y presionaba para que se produjera más.

En junio empezaba mi primer trabajo. Mi hermana Lucy me regañaba para que me apurara. Ella ya trabajaba en la granja como todas las mujeres del pueblo. El único niño iba a ser yo.

Donde vivíamos tenían una vaca y su excremento se mezclaba con paja y se juntaba. Todos los días limpiaban y la tiraban afuera, frente al jardín. Se formaban montículos de dos metros de alto y tres de ancho. En cada abril empezaba a descongelarse eso, se suavizaba y se esparcía quedando de 10 a 15 centímetros de altura. Con la ayuda de una vaca o un buey que nos prestaban lo mezclábamos y se hacía como pastoso, bien revuelto y bien húmedo. Uno o dos días después, ya seco, se cortaba en cuadritos de treinta centímetros por lado, con la pala. Nos servía en el invierno

de combustible. Todas las casas tenían un horno y con una pala de madera se introducían los cuadritos en él.

El lugar de trabajo estaba como a seis o siete kilómetros que recorrías a pié. El pueblo donde vivíamos tenía como autoridad un presidente municipal designado por el gobierno soviético, y carecía de policía. Durante nuestra estancia de seis años, hubo tres presidentes municipales.

En las planicies siberianas hay una hierba que crece alto, lo que se hacía en ese entonces, es que una máquina provista de cuchillas la cortaba, cayendo al suelo. Esta hierba es un pasto silvestre que alcanzaba la altura de treinta centímetros, la máquina lo cortaba al ras del suelo. Después venía un caballo del que pendía una batea con un recogedor, cuando se llenaba, me correspondía a mí accionar una palanca para que se vaciara. Cada cincuenta metros iba dejando amontonada hierba recién cortada. Varias personas, iban como a dos kilómetros de distancia con un azadón, la juntaban y formaban montículos de esa hierba. En esta tarea también participaba.

Por cierto, en invierno los montículos de hierba eran cubiertos por la nieve así que nos colocábamos en los pies una especie de eskies, trepábamos y quitábamos la nieve con el azadón. Disponíamos de un trineo jalado por bueyes. El montículo de paja al que nos subíamos era como de

dos metros de altura por un metro y medio de diámetro. Cuatro de nosotros nos subíamos y aventábamos la paja al carro hasta apilar algo así como una carga de tres por dos metros de ancho, alcanzaba a salir del carro unos treinta o cuarenta centímetros.

Después, llegaba el trineo que se llevaba la hierba al establo donde se concentraba.

No había hombres mayores de dieciocho años pues estaban en el ejército, las mujeres estaban solas con sus hijos.

En abril y mayo se araba la tierra y se sembraban diferentes granos. Junio y julio eran meses en que se cortaba la hierba. Agosto y septiembre se recogía la siembra de granos. A partir de octubre los bueyes y caballos con los que trabajábamos se quedaban en resguardo en el establo.

Se utilizaban trastes de cerámica. El horno tenía una chimenea y se encontraba en la primera habitación de cada casa.

El techo del horno era cóncavo por dentro y plano por fuera, de tal forma que se aprovechaba para colocar una poltrona encima y ahí se podía dormir.

La Unión Soviética aún no estaba en guerra con Alemania. Se podía comprar comida a los agricultores ucranianos. De la vaca obteníamos leche, crema y mantequilla. En la granja las actividades se iniciaban como a las siete de la

mañana, se trabajaba de sol a sol, ése era nuestro reloj natural. Recuerdo que yo podía saber la hora por la posición del sol, nadie contaba con un reloj. El verano hacía los días más largos, así que trabajábamos más. Los que trabajábamos dormíamos en una estación compuesta de un vagón tirado por caballos o bueyes que avanzaba conforme nosotros lo hacíamos, cada cinco kilómetros.

Recuerdo bien las cucharas de madera con que comíamos. Eran de madera decoradas con colores rojizo y dorado. Después cuando conocí las *matrushkas*, me las recordarían.

Durante esos seis años, siempre tuvimos hambre, ésta nos acompañaba a todos lados y en todo momento. Considero que la edad hizo que mis hermanas y yo pudiéramos soportar el hambre, siempre teníamos hambre. Hambre que nos acompañaría incluso cuando salimos de Siberia.

Cuando trabajábamos, comíamos una rebanada de pan al día. Una olla se colocaba en un agujero en la tierra, ahí se hervía agua. Después se hacían bolitas de harina que eran echadas al agua hirviendo. Esto lo comíamos tres veces al día los que trabajábamos en el campo, por supuesto Lucy y yo también.

Cuando se moría alguien se hacía una mejor comida, pero durante los seis años nunca estuve satisfecho.

Un día, mi hermana Lucy, que en ese entonces tendría veintidós años, enfermó de apendicitis, todos viajamos los treinta y seis kilómetros para llegar a un hospital, un mal lugar, de madrugada. No pudimos quedarnos con ella. Yo tenía que regresar el caballo y la carreta que nos habían prestado. Sólo podíamos regresar hasta la semana siguiente.

En realidad, al tercer día la enterraron y no supimos donde lo hicieron. Nos mandaron un telegrama. Mamá se puso muy enferma, entristeció tanto que su trastorno emocional la hacía salir a la calle y quejarse de todo. Murió en 1944, un poco después que mi hermana. Mi hermana menor, Mila, acompañó todo el tiempo a mi madre, hasta que murió. Después, trabajaba cuidando niños. Nos ayudábamos vendiendo cosas.

No sabíamos nada acerca de lo que acontecía en el mundo.

Mi salario se calculaba así. Los capataces medían con un compás, cuya abertura correspondía a la medida de un metro, el número de metros que se habían trabajado. Cada recogida de cien metros correspondía a un día de trabajo. Al final del año, después de la cosecha, por cada día de trabajo, nos pagaban, no recuerdo bien, diez o cien gramos de semillas. Esos granos eran molidos, pues cada casa contaba con un molino movido por uno mismo.

A partir de 1941, cuando estalla la guerra al atacar Alemania a la Unión Soviética, ya no nos pagaron. En invierno trabajaba en la noche en un establo que estaba a la mitad del pueblo. Preparaba la cama de los animales, los alimentaba y recogía su excremento que yo ofrecía a los granjeros y así me ganaba el desayuno.

Nuestra preocupación por obtener comida era constante. Quizá era en lo único que reparábamos. Todas nuestras actividades estaban alrededor de ello.

Arábamos con seis bueyes, con un arado de dos palas. Regresábamos a la estación, cuando el sol estaba en el cenit. Ahí los bueyes pastaban y tomaban agua (un año hice ese trabajo por la noche). Cenábamos y después, acompañado de un señor de edad, cuidábamos que los animales pastaran y tomaran agua. De abril a noviembre.

Sólo en el invierno trabajaba en el establo y llevábamos los granos a un almacén del gobierno soviético, en la ciudad de Kustanay. Lo hacíamos con ayuda de carretas pues había que recorrer ciento cincuenta kilómetros de distancia, significaban tres semanas de viaje. Había pueblos donde parábamos por alimento para pastura. La granja daba cierta cantidad de dinero y en algunos lugares lo comprábamos. Nos daban un papel sellado por la presidencia del lugar para comprobar la compra.

Arreábamos a los bueyes y nosotros caminábamos junto a ellos en invierno para sobrellevar el frío, en verano viajábamos en las carretas. Regresaban las carretas vacías, muchas veces no alcanzaba el alimento para los animales. Me sentía muy mal al darme cuenta que no podía hacer algo para resolver esta situación.

En algún tiempo yo trabajé en el servicio de correspondencia que llegaba de Kustanay. Yo caminaba siete kilómetros hacia otro pueblo y ahí recogía la correspondencia. Se conservaba la del pueblo y el resto las autoridades la enviaban a otras poblaciones. La correspondencia era oficial en su mayoría, poca de ella correspondía a particulares.

Durante los seis años que permanecimos en Siberia trabajaba cotidianamente pues no había días de descanso. Mis jornadas eran de doce a catorce horas durante todo el año. Aprendí que nuestra vida dependía de los animales y de que ellos estuvieran bien.

Nos enteramos que la guerra había terminado y llegué a pensar que Mila y yo podríamos regresar a Polonia. Entonces, Mila ya tenía dieciséis años y yo dos más.

Durante seis u ocho meses –fines de 1945 y principios de 1946- estuve acudiendo a la ciudad de Urick, al comité de expatriados, donde había muchos polacos. Una señora judía me comentó que para los polacos, empezaba a llegar

ayuda proveniente de judíos estadounidenses a través de la UNRA, una organización judía que se dedicaba a las repatriaciones. Esta señora me comentó que ella estaba recibiendo la ayuda necesaria.

El general polaco Wladyslaw Sikorski viajó en avión a Moscú y acordó con Stalin poner un gobierno polaco en Londres. Al regresar, los soviéticos derrumbaron su avión. Impusieron un gobierno polaco prosoviético. La ayuda que enviaba Estados Unidos dejó de llegar.

Para hacer el viaje hasta Urick yo necesitaba un caballo para viajar treinta y cinco kilómetros durante tres horas. En el año de 1946, quizás en marzo, me llegó la noticia por telégrafo enviada por esta señora judía, de que acudiera a Urick. No me prestaron el caballo y después de caminar cinco kilómetros tuve que regresar pues la nieve y el agua me lo impidieron. Enfermé de malaria que me fue tratada con quinina. La fiebre hizo que me aliviara hasta dos semanas después. Le dije a mi hermana Mila que se fuera a pie hasta Urick. Recibí un telegrama donde Mila me decía que en mayo tendría yo que estar en Urick. Aún no me encontraba recuperado de la malaria como para trasladarme a pie. Pude hacerlo, al viajar en una carreta donde la policía trasladaba a una mujer sentenciada por haber degollado a su bebé. Así logré alcanzar a mi hermana. En mayo

abordamos unos camiones hacia Kustanay, tomamos el tren de regreso a Polonia.

Los vagones eran iguales o los mismos que aquellos en que habíamos llegado a Siberia, la diferencia es que nosotros los cerrábamos y los abríamos.

CAPÍTULO III

Camino a la libertad



Transcurrieron también treinta días de un viaje que nos llevó hasta la frontera con Ucrania. Mi hermana y yo no sabíamos más, desconocíamos dónde nos encontrábamos exactamente. El viaje hasta aquí, ha terminado. Tenemos miedo. Enseguida busqué comida en la estación del ferrocarril.

Al regresar al vagón nos enteramos que nos había buscado un hombre llamado Aarón Kupfer. Preguntó si viaja algún niño de la familia Singer y dejó el mensaje de que lo buscáramos en el tren del orfanatorio.

Aarón era el encargado de un tren en que viajaban niños polacos e iban a un orfanatorio de Varsovia, era el di-

rector. Lo acompaña una tía y su hijo. Mila y yo acudimos a buscarlo. Nos comentó que al darse cuenta que llegaron varios trenes a la estación, se enteró que había uno proveniente de Kustanay y decidió averiguar si algún hijo de los Singer viaja en él.

Nos dijo que convenía trasladarnos a un tren polaco. El gobierno polaco daba la opción de viajar por nuestra cuenta apoyando con un boleto.

Nos explicó que su padre estaba en Zabrze, una ciudad que en 1921 había pertenecido a Alemania con motivo del acuerdo de Silesia entre alemanes y polacos. A partir de 1945 era territorio polaco.

Viajamos toda la noche, llegamos a Zabrze entre las cuatro o cinco horas de la madrugada. Aarón nos proporcionó la dirección de la comunidad judía.

Llegamos a pie, como a las seis de la mañana, a la comunidad. Esperamos hasta que a las 8 abrieron la puerta. Nos informaron que el padre de Aarón no se encontraba pero nos dieron la dirección de su casa.

Llegamos a la casa y el señor Kupfer nos muestra una carta de mi hermano Jorge, dirigida a Ben Tzion Rabner, el amigo de mi padre en Mosciska. El señor Kupfer nos explicó que en la ciudad se encontraba viviendo Hesek Rabner, el hijo de Ben Tzion.

Era mayo de 1946. Después de desayunar nos pidió que regresáramos a la comunidad judía, pues ahí estaría su esposa para entregarnos alguna ropa a fin de cambiar nuestros harapos. Nos entregó la dirección de la familia Rabner.

Al llegar a casa de los Rabner tocamos la puerta, se escuchó una voz de mujer que preguntaba quiénes eramos, respondí: "habla Mundek Singer". Nos recibió Ania esposa de Hesek Rabner. Estaba ansiosa, atenta a nuestra plática, le dijimos que sólo habíamos sobrevivido Mila y yo.

Nos invitó a quedarnos en su casa comentando que en seis días estará de vuelta Hesek. La señora Ania, actualmente de 91 años, conocía a Hesek en Mosciska debido a que, como enfermera, formaba parte del ejército soviético que llegó a Polonia. Cuando los alemanes atacaron a la Unión Soviética, ella ya era novia de su esposo, ella salió huyendo por su cuenta; en tanto, Ben Tzion acompañado por sus hijos Hesek y Oscar también huyó a territorio soviético. La esposa de Ben Tzion se quedó en Mosciska junto con el hijo más pequeño. Se desconocen las causas de la desaparición de ambos.

Cuando estábamos en Kazajstan, Ania le escribió a mi madre comentándole que era novia de Hesek Rabner por lo que le pregunta si sabía dónde se encontraba para ella tratar de localizarlo. Nosotros teníamos una carta del padre, Ben Tzion

Rabner informando que se encontraban en Uzbekistán, Asia. Mi madre le responde a Ania dándole la dirección para que los localizara. Hesek y Ania se casaron en esa ciudad.

Permanecimos en casa de los Rabner por varios días en tanto yo empecé a preguntar en la comunidad judía por una organización secreta que nos ayudara a cruzar la frontera de Polonia con Checoslovaquia. Teníamos la intención de llegar a Palestina. Entramos en contacto con una organización donde nos prepararon para hablar hebreo y conocer la geografía del futuro estado de Israel.

Antes de partir en dirección a Palestina, nos despedimos de Ania, Hesek y de Gershom Rabner, tío de éste.

Estabamos reunidos en la estación cerca de treinta personas que tomamos un tren que nos llevó a una ciudad cerca de la frontera con Checoslovaquia. Al bajar del tren, nos dividieron en grupos de 4 a 5 personas y abordamos diferentes camiones que cubrieron con lonas para ocultarnos.

Descendimos de los camiones, estábamos en el bosque de Batrislav, capital de Eslovaquia. Al bosque arribaron otras personas provenientes de otros camiones, quizá llegamos a ser unas 500 personas. No lo sé exactamente. Perdí de vista a Mila, era de madrugada y había una neblina espesa, grito su nombre y dejo de hacerlo cuando alcanzo a ver su figura, nos tranquilizamos, estamos otra vez juntos

e incorporados al grupo. Todos, eramos conducidos por los líderes del grupo a la estación de policía, cerca de las seis o siete de la mañana. Nos acomodaron en un jardín grande, estábamos sentados en el pasto, éramos libres, estábamos en territorio fuera del yugo comunista. Esto sería momentáneo tanto para Eslovaquia como para Checoslovaquia pues ambas pasarían al control satelital de Moscú en 1948.

La policía nos llamó a cada uno. Preguntaban que traíamos, respondíamos ni armas ni monedas. La policía nos dejó en libertad y en la tarde fuimos a la estación del ferrocarril con destino a Viena, Austria. Como Alemania estaba dividida en cuatro zonas que correspondían a la Unión Soviética, Estados Unidos, Francia e Inglaterra, nuestro tren tenía que cruzar la zona soviética, nos aconsejan explicarles a los inspectores que eramos griegos regresando a nuestra patria. Lo hicimos de esa manera porque calculamos que era poco probable que entre los soldados hubiera quien entendiera el griego. Realmente no pronunciamos palabra alguna en griego sino vocablos carentes de significado pero que para los soldados, sería griego.

Llegamos a Viena, bajamos del tren y caminamos hasta el hospital de los barones de Rostchild, su nombre es porque es una obra filantrópica que ellos sostienen. Todo el grupo permanecimos reunidos ahí durante el día. Luego

nos dividieron por edades. A Mila y a mí, nos consideraron menores de edad y nos llevaron en un autobús con otros niños, a un ex campo militar del ejército nazi en la ciudad de Verkshaid, Austria. Ahí nos introdujeron en un grupo de nuestra edad que esperaba viajar a Palestina, todos éramos huérfanos.

Permanecimos ahí como un mes y de manera inesperada llegó el hermano de Hesek, Oscar Rabner. Nos había estado buscando.

Oscar Rabner había estado con el ejército soviético en la toma de Berlín, el 8 de mayo de 1945. Había recibido una bala en una rodilla, estuvo varios meses en el hospital por lo que fue dado de baja del ejército y se había quedado a vivir en Austria. De ahí viajó a Zabrze, Polonia para visitar a Hesek por lo que se enteró que Mila y yo nos habíamos cruzada la frontera con Checoslovaquia.

Indagó aún más y se enteró dónde nos encontrábamos. Nos propuso irnos a Braunau (por cierto, lugar de nacimiento de Hitler) ahí había edificios que pertenecieron a los nazis y ahora se encontraba una organización revisionista judía que se proponía acceder a Palestina pues, suponían que los ingleses les entregarían ese territorio.

Oscar se sumaría al grupo de Palestina pues era revisionista. Acompañamos a Oscar y llegamos a Braunau. Estu-

vimos un mes y de improviso nos enteramos que había un transporte para llegar cerca de algún puerto de algún país para zarpar en alguna embarcación hacia Palestina. Todo era incierto.

En un viaje por tren, atravesamos Austria, Alemania y parte de Francia, hasta llegar a Bélgica. La ciudad era Glim, nos quedamos en un ex-convento de monjas de donde no podíamos salir, estábamos ilegalmente en el país.

Cuando Mila y yo, de regreso de Kustanay, llegamos a territorio polaco, le avisé por correo a Jorge mi hermano. Su respuesta tomó más o menos dos meses, así que yo no la pude recibir. Del exconvento le escribí nuevamente a Jorge. Su respuesta llegó a Bruselas, nos pedía que nos fuéramos a México. Recibimos varias cartas de Jorge, insistiendo en que abandonáramos la idea de viajar a Palestina.

Los tres, Oscar, Mila y yo, obtuvimos permiso de los responsables de nuestro traslado para salir del convento y partir por tren a Bruselas. Nos presentamos en una comisaría de policía. Dado que el gobierno belga sólo proporcionaba apoyo a las víctimas de los alemanes, no tuvimos otra alternativa que informarles que habíamos sido sus víctimas, en cierto modo era cierto.

Nos autorizaron a vivir en Bruselas a Oscar Rabner, mi hermana y yo. Todo estaba racionado, así transcurrió el

año de 1946. Nos habíamos encontrado a un excapitán polaco y su esposa quienes nos alquilaron un cuartito que tenían en la azotea junto con otro cuartito que estaba en el otro extremo. La dueña del edificio era su esposa.

Busqué trabajo, difícil, nadie nos quería dar trabajo pues no teníamos permiso ni hablábamos el idioma. Unos paisanos que hacían bolsas de plástico nos dieron trabajo. Yo era cortador de bolsas, lo hacía con un molde. Había un paisano alemán y uno de Varsovia. Yo cortaba, el alemán los cosía y el de Varsovia venía cada tercer día para armar la bolsa y enboquillarla. Era de un solo color, negro acharolado. Ahí trabajé hasta febrero de 1948. No me alcanzaba el salario para sostenernos. Oscar Rabner traía algo de dinero que recibía de parientes de Estados Unidos. Jorge mi hermano, también enviaba dinero.

Oscar a finales de 1947, decidió viajar hacia Palestina, embarcándose en el *Éxudus* pero los ingleses no lo dejaron desembarcar. El barco fue enviado de regreso a Alemania. En otras ocasiones los enviaban a Chipre. A los judíos los confinaron en un campo de refugiados y desde ahí, Oscar nos escribió a Bélgica.

Mi hermana y yo nos cambiamos a un departamento, tenía cocina, estancia y recámara. Estaba amueblado modestamente, tenía lo esencial. Yo recibía un mejor salario.

En febrero de 1948 recibimos la noticia de Jorge de que no nos podía traer directamente a México. Nos da nuevas instrucciones. Habíamos de acudir a la embajada de Cuba donde nos entregarían una visa para ingresar a ese país.

No teníamos pasaporte polaco todavía. Fuimos a la embajada polaca y se negaban a darnos uno. Por este motivo, decidimos un día registrarnos alterando nuestra edad. Yo reporté tener un año menos y por lo tanto, Mila también modificó su edad a fin de mantener la misma diferencia de edad. De esta manera, nos autorizaron los pasaportes.

En la embajada americana solicitamos una visa de tránsito pues el barco iba de Amberes al puerto de Nueva York. Afortunadamente nos autorizaron la visa. Durante la travesía se nos acercó el maestre del barco, era cubano y nos explicó que tenía una mujer en La Habana, por lo que nos pedía le lleváramos un paquete.

Cuando ya estábamos cerca de la Estatua de la Libertad, subieron los agentes de inmigración. Hicimos fila, el maestre nos buscó y llevó por otra puerta hacia la oficina de inmigración. Cuando revisaron nuestros papeles, hablaron entre ellos. Nos pidieron esperar pues no desembarcaríamos. Llegó un policía que nos acompañó en nuestra salida del barco.

Por cierto, después en uno de los viajes con Guitele a Nueva York, me enteraría que la Estatua de la Libertad en

realidad se llamó "La libertad iluminando al mundo" del escultor francés Frédéric-Auguste Bartholdi y fue obsequiada por el pueblo francés a Estados Unidos con motivo del centenario de su independencia.

En tierra, nos esperaba un primo nuestro, Gerome Singer. De inmediato nos dijo: "no se preocupen". El policía nos llevó en taxi a Coney Island. Llegamos a un centro de detención de migrantes, ahí nos separaron a Mila y a mí. Durante el día nos veíamos y en la noche, cada quien por su cuenta. Llegaron nuestros parientes y una prima de Oscar Rabner. Nos detuvieron porque creyeron que queríamos quedarnos en Estados Unidos. Leo Singer, un primo que era abogado fue a Washingthon y consiguió un permiso de 15 días mediante una garantía.

Ahí permanecimos 14 días y al salir, todos ellos nos compraron boletos a Miami con tres escalas. En Miami perdimos la conexión hacia Cuba. Nos tomó más de dos horas subir a un avión para La Habana. En ese vuelo me sentí tan mal que vomité en una bolsa.

Mila y yo permanecimos en Cuba veintiún meses.

CAPÍTULO IV

La Habana



Pesaba en el ánimo, Palestina. También pienso ¿México? Quizá me encontraba cerca de iniciar una vida ¡ya! Volteo a ver a mi hermana Mila, estaba tranquila y pensativa.

Habían transcurrido dos años desde nuestra salida del territorio de la Unión Soviética. En La Habana un miembro de un grupo judío que se dedicaba a tramitar las visas, nos esperaba y nos ayudó a pasar inmigración. En el aeropuerto estaba un mexicano, el señor Gutfrajnd, era judío polaco esperando a su hermano Nathan que venía de Europa. Mi hermano Jorge le encargó que nos sacara del aeropuerto. Después, viviendo en la ciudad de México,

tendría con su hermano Nathan, una amistad de muchos años hasta que falleció en 2005, nos decíamos compadres. Su esposa, fue compañera de escuela de Guitele.

Ellos nos llevaron al hotel donde se hospedaban. Después de varios días buscamos un cuarto que rentaban unos señores que también regresaban de la guerra. Desayuno y cena la hacíamos en casa, al mediodía íbamos a un comedor para los recién llegados sostenido por la comunidad judía de La Habana y por JOINT, una organización norteamericana de ayuda a migrantes. Pagábamos sesenta y cinco centavos de dólar por la comida.

La Habana cambió toda mi vida. En primer lugar, el clima. Llegamos en marzo, inmediatamente quería nadar y pues no pude porque las playas las abrían hasta mayo.

Mila y yo no hablábamos ni español ni inglés, teníamos dificultades para comunicarnos.

Dado el calor que solía haber todo el año, una camisa y pantalón eran suficientes para estar bien vestido.

Un pueblo muy alegre, pienso que no hay pueblo más alegre que ellos. La población de color y los europeos y norteamericanos, compartían socialmente sin marcar diferencias.

Las mujeres me parecieron muy hermosas. Yo tenía 20 años. Veía la curva del cóxis muy pronunciado, el cuerpo muy marcado tras sus vestidos.

Fue un impacto profundo, yo venía triste y La Habana me hizo vivir; llegamos en marzo y en mayo mi hermano nos avisó que venía a visitarnos.

Las playas de Varadero, el mar del Caribe, las visitamos; aprendí a bailar, primero danzón, luego el bolero y por último, el paso doble. Aprendí con la música solo, observaba y las muchachas me enseñaban a bailar.

Como estaba previsto, mi hermano llegó en mayo y me comentó que un compañero de trabajo tenía una amistad en La Habana que podía ofrecerme un empleo.

Al señor Abel Mestre lo conocí en una comida a la que mi hermana no acudió. El señor Mestre había construido un edificio llamado "Radio Centro" que tenía dos difusoras, "Radio Reloj" y "CMQ", también tenían farmacias y dos radio estaciones más.

El señor Mestre me recomendó con el señor Portal, gerente del edificio, para que me diera la oportunidad de trabajar. Mi hermano comentó que más importante que el tipo de ocupación, era mi aprendizaje del idioma español además de recibir entrenamiento para adquirir experiencia laboral. Mi salario era cincuenta dólares.

El edificio rentaba locales de oficinas, ahí se encontraba la compañía Westinghouse, la embajada de México, entre otros inquilinos. En 48 horas estaba en contacto con el

señor Portal, administrador del edificio más importante de La Habana. Todo el edificio contaba con aire acondicionado. Me entrevisté con él y me dijo que al día siguiente sería como su secretario. Me encargaría de atender la correspondencia y de las quejas; en tres meses aprendí español, lo consideré un resultado de mi deseo de sobrevivir. El señor Portal no sólo me estimaba, sino que me quería, yo le correspondía de la misma manera.

En La Habana hice muchas amistades, los jóvenes me invitaban a las fiestas, reuniones sociales y a compartir los fines de semana. En ocasiones, acudía acompañado por mi hermana y otras veces sin ella.

Mi hermana se hacía cargo de la casa. Llevamos vida de inmigrante; esperando que pudiéramos viajar a México. Mi hermano regresó una vez más a vernos durante ocho días. Prometió que ese año llegaríamos a México. Así sucedió. A fines del mes de diciembre de 1949, Jorge se comunicó por el teléfono de una vecina nuestra para darnos la noticia. Nos informó que nos estaba enviando las visas y debíamos de presentarnos en la embajada mexicana para recogerlas.

Mi hermano había concretado así, su sueño de vernos cerca de él. Jorge, vivía modestamente por lo que podemos decir que tenía una cierta comodidad material. Yo le guar-

do un gran reconocimiento a su entrega filial para emplear sus recursos económicos que no eran abundantes, para traernos desde Europa. Mila y yo habíamos partido de Kustanay acompañados siempre por la sombra protectora de Jorge a fin de que llegáramos con bien.

El señor Mestre me entregó una carta de recomendación y otra de la policía que testimoniaba que carecía de antecedentes penales; el 6 de enero de 1950 mi hermana Mila y yo, viajamos por la Compañía Mexicana de Aviación en un DC3 que hizo escala en Mérida, Yucatán y luego voló hacia la Ciudad de México.

[illegible]

correspondencia y [illegible]

[illegible]

de semana. En ocasiones [illegible] na y otras veces sin ella.

Mi hermana se hacía cargo de la casa. Llevamos vida de inmigrante; esperando que pudiéramos viajar a México. Mi hermano regresó una vez más a vernos durante ocho días. Prometió que ese año llegaríamos a México. Así sucedió. A fines del mes de diciembre de 1949, Jorge se comunicó por el teléfono de una vecina nuestra para darnos la noticia. Nos informó que nos estaba enviando las visas y debíamos de presentarnos en la embajada mexicana para recogerlas.

Mi hermano había concretado así, su sueño de vernos cerca de él. Jorge, vivía modestamente por lo que podemos decir que tenía una cierta comodidad material. Yo le guar-

CAPÍTULO V

Llegada a México



Mi hermano Jorge y su esposa Dora, nos esperaban en el aeropuerto. Lo acompañaba su cuñado Abraham y algunas de sus amistades. También llegaron mis tres tíos maternos para darnos la bienvenida.

Jorge, vivía en la avenida Juanacatlán (hoy Alfonso Reyes) en el número 147 de la colonia Condesa. Era un edificio donde ocupaban un departamento que estaba en el primer piso. Tenía dos recámaras. Su familia se componía de su esposa y tres hijas: una de ocho, Judith, otra de 6, Beatriz y la pequeña Silvia de un año. Ahí nos apretujamos como se pudo y dos meses después alquiló una casa que estaba

en Benjamín Hill, a una cuadra de distancia. Tenía cuatro recámaras. Cada quien tenía una recámara. Mi hermano y mi cuñada, las niñas, mi hermana y yo.

A los pocos días acudí a la empresa donde laboraba mi hermano, H. Steele y Compañía, a fin de solicitar una oportunidad de trabajo. Fui aceptado. Ocupé la jefatura de la bodega que consistía en relojes de pared, despertadores y cubiertos. Me presentaron con el jefe anterior porque en la tarde él se iba a la ciudad de Guadalajara y yo me quedaba a cargo. El departamento de Contabilidad y de Inventarios de la empresa supervisó la transferencia de responsabilidades.

Aprendí de inmediato a manejar el kardex y cada estilo de los productos tenía su tarjeta correspondiente. Yo verificaba cada día todas las existencias. Durante un año trabajé en esa bodega. Recuerdo mi horario, de 8:30 a 13 horas y luego 45 minutos para comer; salíamos a las 18 horas. Posteriormente me asignaron al sexto piso para atender a la clientela. A los dos meses me convertí en jefe de mostrador hasta el año de 1952.

Nathan, mi amigo de Cuba, era mi compañero social, me llevaba dos años de edad. También convivía con otros judíos y los compañeros de trabajo. He de comentar que a mí siempre me han gustado las amistades, las disfruto mucho.

Visitaba a mis tíos y a mis tías por el lado de mi madre.

En aquellos tiempos el trato con nuestros mayores conllevaba hablarles con respeto por lo que nos dirigíamos a ellos mediante el "usted". Me agradaba cuando les escuchaba decir "ven más seguido".

Por lo que concierne a mis tíos paternos, el único tío, Moisés, murió muy joven en los Estados Unidos. Yo llevo su nombre, Moshe. Había viajado antes de la Primera Guerra Mundial, para vivir en ese país; las tías quedaron en Europa y fueron aniquiladas por los nazis. Se salvaron dos primos que se ocultaron en un bosque durante seis años. Ahora viven en Israel.

No mantuve relación con La Habana. Del señor Portal recibí una carta a través de mi hermano donde me comentaba que los Santos Reyes me llevaron a México, en alusión a la fecha en que partí de La Habana. El sentimiento permanente que mantuve en La Habana fue el síndrome del migrante: "mientras me voy" o el "estoy de paso". Es como prevenirme de crear relaciones estables pues con ello, invocaba mi permanencia en La Habana, cuestión que no deseaba.

Guitele y yo viajamos hace cuatro o cinco años a La Habana. Al llegar, en cuanto pude tomé un directorio telefónico buscando algún descendiente del señor Portal, no tuve suerte. Volví a probar la comida cubana, cerdo, pollo y el arroz con frijoles, plátanos maduros cortados a lo largo.

Es en 1952 cuando recibí en H.Steele la instrucción de comprarme una maleta que contendría un muestrario y la cuenta de cada uno de los clientes de la ruta Zacatecas – Aguascalientes – San Luis Potosí – León – Celaya – Salamanca – Querétaro. Recuerdo que el muestrario constaba de los relojes más económicos de la compañía y los más caros; también cubiertos y extensibles. Asimismo, la exclusiva marca de plumas Wearever, que con el transcurrir del tiempo se convertiría en la primera marca que fabricaría las plumas atómicas. El valor total del contenido del maletín era de varios millones de pesos, quizá ahora representen unos 20 o 50 millones.

Primero llegué a Zacatecas y no olvido que vendí 325 pesos de plumas. Permanecí ahí dos días. Me decepcioné por el logro así que tomé el autobús a la media tarde. Entré al autobús, acomodé las muestras y un veliz, cuando escuché el saludo de un señor que además comenta "siéntese junto a mí, somos sólo dos pasajeros". Enseguida me preguntó a qué me dedicaba, le respondí que estaba empezando a entrenarme como vendedor, "Le va a ir bien, no se preocupe". De Zacatecas comentó que había tres cosas importantes, la Catedral, la Marcha "Zacatecas" que es el segundo himno nacional y cuando uno se va de Zacatecas. ¡Cómo olvidar este comentario! Lo recuerdo con nitidez y sonrío.

Llegamos a Aguascalientes sólo los dos. Ahí me fue mejor y pues estaba más avivado. En San Luis obtuve una venta de 25,000 pesos por despertadores para tres tiendas. Me faltaba León, Celaya y Querétaro.

Un recuerdo simpático fue que en San Luis Potosí al comprar el boleto de autobús para viajar a León, Guanajuato, de inmediato lo devolví al ver que era el asiento número 13, a cambio recibí uno para el asiento 17. Al llegar a León, en una bajada los frenos del autobús se chorrearon y el autobús se incrustó en la casa de un señor Pérez de oficio zapatero quien murió por cierto el día 13 a causa del accidente.

En mi caso, una clavícula rota y la pelvis abierta; un grupo de agentes viajeros me sacaron del autobús, me trasladaron a la Cruz Roja y luego a un hospital. También se ocuparon de rescatar el muestrario y mis pertenencias. Consiguieron una responsiva médica y así me aceptaron en el hospital. Los agentes viajeros entre sí, nos tratábamos como hermanos.

Al día siguiente en la mañana avisé por teléfono a mi hermano y ese mismo día ya se encontraba acompañándome. En su coche nuevo, acomodó un colchón hecho especialmente para trasladarme de regreso a la ciudad de México. El colchón lo había obtenido de un amigo mueblero.

Permanecí durante 30 días, acostado sobre una tabla de madera a fin de que cerrara la herida de la pelvis.

Regresé a la casa Steele y al mostrador, transcurridos quizás dos o casi tres meses reinicié mi trabajo de vendedor. Fueron dos años, de 1952 al 54.

Quiero dejar registro de todo lo que hizo por mí y mi hermana mi cuñada Dora con quien viví durante 5 años siempre en armonía. Mi cuñada Dora era una persona muy especial, me trataba como un hermano. No había mucha diferencia de edad entre nosotros. Con su trato me hizo sentir que esa era mi casa. Alguna vez se quejaba de mi hermano Jorge. Yo sólo la escuchaba, ella lloraba y me contaba.

Con sus tres hijas llevé muy buena relación. De pequeñas, cuando regresaba del trabajo jugaba con ellas. A las dos mayores les enseñé a andar en bicicleta y a la más pequeña la paseaba con un caballo alquilado que ofrecía un señor. En la actualidad, sólo vive una sobrina.

CAPÍTULO VI

Mi vida al lado de Guitele



Es a finales del año 1954, cuando conozco a la que sería mi esposa. Aconteció en la boda de mi amigo Luis con Olga, quien era amiga de escuela de Guitele. Iniciamos una charla amena, bailamos y empecé a frecuentarla.

En ese tiempo, aún viajaba al interior de la República, por lo que nuestro noviazgo se inició por correspondencia. A Guitele le enteraba de mi itinerario ya que los viajes duraban entre 45 y 60 días.

Mi ruta de viaje empezaba en Teziutlán, Puebla; luego, Ciudad de Valles, San Luis Potosí; Tampico, Madero, Mante y Victoria, Tamaulipas; posteriormente Monterrey,

Nuevo León para continuar hacia Matamoros y Reynosa, Tamaulipas. Retornaba a la ciudad de Monterrey para de ahí viajar a ciudad Acuña, Coahuila. De regreso, llegaba a Saltillo, Coahuila y ahí tomaba el tren que venía de Laredo, Tamaulipas para llegar a la ciudad de San Luis Potosí donde trabajaba algunos días y finalmente, reservaba una cabina en el tren que me llevaría a la ciudad de México.

Cuando conocí a Guitele, cursaba el último año de la carrera de Historiadora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En muchas ocasiones yo le acompañaba pues me gustaba aprender sobre la historia de México. Al paso de los años Guitele hizo estudios de Educación Especial bajo la acreditación académica de la Universidad de las Américas y posteriormente, estableció una clínica para niños con problemas de aprendizaje.

Dada su inquietud, Guitele se interesó por la cerámica contemporánea desde 1988 hasta la fecha. Ha participado en diversas exposiciones, colectivas e individuales. En la Tercera Bienal de Cerámica Utilitaria del Museo Franz Mayer, obtuvo mención honorífica por su obra.

A principios de 1955 nos comprometimos y en el mes de octubre del mismo año, se llevó a cabo la boda civil en casa de los padres de Guitele. Invitaron a los parientes y amigos de la familia.

En una ocasión mi futuro suegro me preguntó cuáles eran mis planes para el futuro. Le respondí que por lo pronto, seguiría en mi ocupación actual e iba a pensar qué emprender para dejar de viajar. De inmediato él me propuso vender zapatos comprados a un fabricante. En Isabel la Católica con 16 de septiembre estaba su despacho que atendía una secretaria. Comentó que si yo estaba dispuesto a trabajar me pagaría un salario menor al que actualmente yo percibía y él dejaría el despacho para que yo atendiera su operación. Yo lo acepté y acordamos que cuando Guitele y yo regresáramos de nuestro viaje, seríamos socios al 50%.

Por la boda y la propuesta de mi suegro acudí a H. Steele para solicitar un permiso a fin de ausentarme durante 6 meses. El gerente me lo autorizó y me dijo que podría regresar cuando yo lo solicitara. Tenía una propuesta de trabajo en H. Steele cuando yo así lo decidiera.

Hice todavía un último viaje, corto, pues entrenaría a quien me substituiría. Mi compañero y yo, perdimos el autobús que nos llevaría primero a Pachuca, con la ayuda de Guitele -quien me había acompañado hasta la estación para despedirme- lo alcanzamos en Insurgentes Norte, un poco antes de los Indios Verdes. Lo abordamos y viajamos a la ciudad que se le conoce como la "Bella airosa".

Viajé con este compañero hasta Tampico donde lo introduje en los pormenores de las ventas y, posteriormente, regresé en avión a la Ciudad de México.

Llegué justamente para el cumpleaños de Guitele. Acudí a su casa acompañado por un trío para cantarle las "Mañanitas". Mi suegra le avisó a Guitele que viniera a escuchar. Se asomó, bajó y me abrió la puerta. Permanecí en su casa por poco tiempo, luego me despedí.

Fue grato acudir a mi hermano para que me sugiriera un joyero que hiciera el anillo para mi futura esposa. Me envió con el joyero Kauffer que estaba en la calle de Bolívar. Me presenté como hermano de Jorge y le expliqué el motivo de mi visita. De inmediato me trajo varios diamantes. Aclaró que él escogería tres diamantes para que me los llevara. Añadió "escoge uno y me devuelves los otros dos".

Caminé llevando algo así como 7 mil pesos de aquél entonces, de cada uno de los diamantes. Fui a la casa Steele para que el señor Goeltz me aconsejara cuál seleccionar. Me dijo, "este es el bueno". Devolví los otros y le pedí al señor Kauffer que mi hiciera un anillo con el brillante. Parece ser que en la boda civil Guitele ya lo lucía.

El noviazgo transcurrió con mucha alegría entre nosotros. Agradezco mucho a mi suegra en especial, su acompañamiento en ese tiempo.

El día 29 de enero de 1956 se llevó a cabo la ceremonia religiosa en el Restaurante Chapultepec ubicado en el Paseo de la Reforma, muy cerca de las rejas del Bosque de Chapultepec. Fue un domingo al mediodía. Asistieron dos rabinos porque mi hermano tenía el compromiso moral con el rabino Avigdor que había ejercido cerca de donde nacimos y era un sobreviviente de la terrible guerra. El rabino oficial fue Rafalin, de la colonia Ashkenazi.

A la boda sólo fueron invitadas 100 personas porque así lo desearon mis suegros. Yo respeté la decisión dado que ellos cubrieron los gastos de boda. Asistieron en especial los amigos y parientes cercanos. Ellos prefirieron que su dinero lo utilizáramos para el viaje de luna de miel.

Al día siguiente de la boda, viajamos hacia Nueva York. Recuerdo bien los últimos minutos del vuelo, el avión entró en una bolsa de aire por lo que estuvimos volando por un rato encima de la ciudad. El hijo mayor de un primo mío vino a recogernos al aeropuerto. Teníamos reservación en un hotel. En la noche fuimos a cenar con toda mi familia, por el lado paterno, que vivía en la ciudad.

Al día siguiente nos embarcamos en el trasatlántico Queen Elizabeth para dirigirnos al puerto de Southampton, en Inglaterra. Esta embarcación fue la más grande construida jamás, lo fue durante 56 años. Parece ser que

ahora está anclado en la ciudad de los Ángeles, California y es un museo flotante.

En el barco conocimos a unos señores ingleses, mayores que nosotros, hicimos buena amistad y paseamos por Londres y sus alrededores en invierno, ya que era febrero.

De Londres viajamos hacia París. Primero abordamos un tren que nos llevó a la ciudad de Dover, ahí tomamos un barco para Caley y después tomaríamos un tren a París. En Londres estuvimos algunos días en un hotel pero resultó que nevó y cerraron el Canal de la Mancha y tuvimos que regresar a nuestro hotel en Londres.

Nos comunicaos con nuestros amigos ingleses, vivían en una habitación con todos los servicios. Ahí pasamos el día, comimos con ellos. Al día siguiente pudimos reiniciar nuestra ruta, no sin antes enviar un telegrama a la familia de Guitele para avisarle que llegaríamos a París con retraso de un día.

En la estación nos esperaban la hermana de la mamá de Guitele y su esposo. Nosotros teníamos reservado un hotel y los tíos dijeron que era muy caro la tarifa de 18 dólares. Accedimos a buscar otro hotel, sin embargo no tenía baño dentro de la habitación, por lo que regresamos al que habíamos reservado previamente.

Permanecimos cinco días en Francia, ahí vivía Aarón Kupfer a quien consideraba casi mi hermano porque sal-

vó la vida de Mila y la mía. Nos pasearon todos. Fuimos a museos, solos hicimos algunas cosas en París como acudir al ballet y a la ópera.

Viajamos en tren hacia Ginebra, Suiza. Pasamos un par de días y posteriormente nos fuimos a Berna, la capital de Suiza. En la noche de nuestra llegada, marqué por teléfono para saludar al Gerente de Compras de la casa H. Steele quien nos invitó a cenar a la ciudad de Biel, donde mi padre había aprendido relojería. En media hora de tren llegamos a su hotel.

De Berna, partimos a Sant Moritz, un lugar aristócrata, donde se practica el esquí de maravilla, durante el viaje en tren gozamos de unos paisajes bellísimos. Allá fuimos a buscar un lugar de patinaje en hielo. De niño había patinado, por lo que decidí arriesgarme a hacerlo. Por su parte Guitele tomó un instructor y al final decidió que no lo haría. Yo intenté solo y empecé a dar vueltas. Mientras le pedía a Guitele que se fijara cómo patinaba, me caí y una instructora me recogió. Una de mis cejas se abrió y suturaron con siete puntadas.

En Sant Moritz tomamos un autobús para llegar a Milán. Recordamos que tanto nuestro amigo inglés de Londres, como el tío de París, habían sugerido ir a un cementerio singular. Ahí cada persona enterrada tenía una estatua

que representaba el oficio o actividad a la que se había dedicado durante su vida. En Milán permanecimos por unos días. Es una ciudad preciosa, sobre todo la Catedral. Ahí vimos, en el refectorio del convento dominico de Santa Maria delle Grazie la pintura mural de La última cena de Leonardo Da Vinci.

Llegamos a la ciudad de Roma, después de varios días en Milán. En Roma estuvimos en el Vaticano, en aquél entonces no era tan turístico, vimos todos los regalos que habían recibido los papas de reyes, monarcas, dignatarios, etcétera. Hoy en día ya no se pueden ver.

También visitamos la Villa del Este con sus jardines hermosos. La escultura de Moisés la conocimos en una iglesia menor llamada San Pietro in Vincoli.

De Roma viajamos a Venecia y después a Nápoles. Coincidió que había una convención de alpinistas, eran tantos que parecía que ocupaban todo Nápoles, muy alegres la mayoría, algunos cantaban muy bien. En Caprí, visitamos la Gruta Azul. Un islote, que está en medio del mar al que llegas en una lancha y luego, entras a la gruta de un color azul luminoso que se refleja hacia arriba.

De Italia, fuimos a Grecia, sólo estuvimos en Atenas. Ahí conocimos a paisanos sefaradies porque entramos a una tienda a comprar un par de aretes para Guitele. El due-

ño escuchó que hacíamos comentarios en español y empezó a platicar con nosotros. Le simpatizamos tanto que nos invitó a cenar a su casa. Después nos fuimos a bailar.

Llegamos a Israel después de Grecia. Fue muy especial, porque Israel es muy pequeño y además, apenas tenía ocho años de existencia. La gente era preciosa, la mayoría eran inmigrantes. Tan hospitalarios que te dejaban la cama mientras ellos dormían en el piso. Muchos de ellos eran refugiados, gente que se había salvado de la guerra. Apenas tenían para subsistir y te lo daban. Te ofrecían naranjas. No había algo más sin embargo, se veían felices

Los dos teníamos familia y amigos en Israel. A algunos de ellos papá les ayudó a emigrar a Palestina. Hubo muchos recibimientos, amigos de mis padres y de mi hermano mayor.

Oscar Rabner vivía en Israel, en su casa estuvimos algunos días, otros tantos con una prima de Guitele y Norma mi prima. Una sola noche nos hospedamos en hotel, tenía catres no camas. Permanecimos por dos semanas.

Regresamos a París. Estuvimos tres días más y tomamos el tren de regreso para Caley donde subimos nuevamente al Queen Elizabeth para regresar a Nueva York.

Yo viajé con un pasaporte apátrida. Sobre todo en Grecia, tuvimos problemas. Creían que era diplomático. Polo-

nia no me quería dar pasaporte nuevo y aún no era ciudadano mexicano.

Pasamos dos días en Nueva York y luego fuimos a Detroit con mi hermana Mila. Ella ya conocía a Guitele pues con su hijo mayor asistió a nuestra boda religiosa. Después de unos días partimos de regreso a Nueva York para volar hacia la Ciudad de México. Era mayo, la luna de miel había durado tres meses. Como solemos decir, un viaje inolvidable.

Nuestro primer hijo, Salomón, nació en 15 de mayo de 1957 y Elena el 29 de agosto del siguiente año. Ben Tzion nació el 6 de junio de 1962 y Sara el 10 de abril de 1966.

Salo fue una alegría enorme para toda la familia, especialmente para mí, los abuelos maternos y mi hermano Jorge. La familia empezaba a crecer.

A los tres o cuatro días, ya en casa, el niño empezó a llorar (era mi cumpleaños). Afortunadamente llegó una amiga de mi mujer que también era mamá. La señora le enseñó cómo atender al bebé y después Guitele empezó a llorar.

Salo tenía por costumbre despertar muy temprano y yo, empezaba a jugar con él. Recuerdo los paseos en Chapultepec, en las dunas le enseñé a rodar y disfrutaba mucho. Se carcajeaba, y a mí me gustaba escucharlo. Solía llevarlo los sábados en la tarde, cuando yo no tenía trabajo.

Cuando nació Elena, fue maravilloso, era otra experiencia para mí, por ser mujercita quizá. Mientras yo me iba con Salo a Chapultepec, Guitele se quedaba con Elena. Y luego paseaba con los dos en cuanto Elena creció un poco. El juego que más querían era que yo me acostara en el piso y pusiera las piernas para que ellos se tiraran hacia mí. Los aguantaba a los dos. Les enseñé trucos, los pasaba por la espalda y los sacaba entre las piernas o al revés. Les gustaba mucho.

Nuestro tercer hijo fue Ben Tzion, cariñosamente Benny, quien dado que venía enredado con el cordón umbilical, estaba morado. El Mohel vino a verlo y dijo que no iba a hacer la circuncisión a los ocho días. Sí se la hizo. Pesó 3,750 kilogramos. Era callado y muy quietecito.

De momento, no esperábamos un hijo más. Sorpresivamente, Guitele estaba embarazada nuevamente y nació Sara. Era muy linda. Era la segunda mujer. Con los hijos menores jugué menos que con los mayores. Quizás la edad, quizá la ocupación, el caso es que no jugué tanto con ellos.

Recuerdo cuando fueron a la escuela, Elena estaba celosa de que Salo asistiera al colegio. Lloraba cada día porque quería acompañarlo. Transcurrido un año, Elena ingresó al colegio, entonces, lloraba pues no quería asistir. Pienso que la razón es que era una más, antes era el centro de atención.

Al crecer, podríamos decir que nuestros hijos fueron buenos estudiantes.

Salo al terminar la secundaria, ingresó a la preparatoria que para entonces ya era de tres años. Al concluirla se inscribió en la Universidad Anáhuac al poco tiempo, quizá un mes, me dijo que no quería permanecer ahí pues la disciplina parecía para infantes. Se fue a la Universidad Autónoma Metropolitana con tan mala suerte que le tocó una huelga. Después de unos meses me dijo que no quería seguir estudiando y que deseaba estudiar música en Israel. Cuando se trasladó a ese país, tenía 18 años. Vivió en un kibutz, aprendió hebreo y preparó un propedéutico para ingresar al Politécnico de Haifa. Al concluir sus estudios, obtuvo la óptima categoría en Ingeniero en Ciencias de la Computación quehacer al que se ha dedicado el resto de su vida.

Elena, al concluir la preparatoria viajó a Israel con sus compañeros de la escuela donde permaneció un año. Recibimos una carta donde nos expresaba su deseo de quedarse a vivir en Israel. Regresó a México después de su divorcio y permaneció con nosotros cinco años durante los cuales estudió Administración en Hotelería. Al mismo tiempo, me ayudó en la administración de la fábrica. Decidió regresar a Israel, laboró en el ramo de la hotelería y actualmente trabaja para la Cruz Roja Internacional.

Beny de pequeño tuvo problemas de aprendizaje, siempre estudioso, superando las dificultades, terminó la secundaria negándose a asistir a una escuela monolingüe. Decidió que se inscribiría en el Colegio Israelita. Ahí estudió español, hebreo e Idish. Por la preparación de su mamá en educación especial, le pudo ayudar mucho escolarmente. Durante sus estudios superiores no tuvo dificultades para su avance académico, estudió Ingeniería Industrial en la Universidad Autónoma Metropolitana y posteriormente en el Instituto Tecnológico Autónomo de México cursó la maestría en Administración. Tiene un carácter noble.

Benny ha trabajado conmigo varios años, nunca tuvimos problemas para relacionarnos. Hasta la fecha compartimos el mismo espacio de trabajo, sin problemas como socios y como padre e hijo. Hasta hoy día, yo voy a su oficina, disfruto mucho su compañía.

En el colegio no tuvimos problemas con Sara. Entre los doce y dieciséis años fue un poco rebelde. Contagiada con el mismo andar del país y de la época. Cursó la secundaria en el Colegio Israelita. Una vez organizó una pinta a los tres días del regreso de vacaciones. No la llevó a cabo, habló por teléfono y deshizo la pinta. No era una rebeldía inmanejable. Sólo tenía ciertas iniciativas que mostraban su deseo de independencia. Quizá consentida por los pa-

dres. Desde niña bailaba todo el día, quería que su mamá la acompañara. Mamá estaba en la cocina y le insistía. El consentimiento venía del padre. Cuando terminó la preparatoria ella quería estudiar la carrera de Psicología. Platicamos con ella acerca de eso y se decidió por intérprete traductora. Éste es su quehacer actual. Además obtuvo una maestría en Psicología. Recientemente hizo estudios de fotografía. Perfeccionó el idioma inglés en la Universidad de Georgetown, Washington a fin de poder interpretarlo.

La alegría que sentí en el nacimiento de cada uno de mis hijos fue algo especial con Salo. Quizás porque fue el primer hijo. Fui un padre exigente, severo con mis hijos. Espero que me perdonen si en alguna ocasión les hice algún daño. Pero era por mi deseo de que fueran hombres y mujeres de bien, como lo son.

CAPÍTULO VII

Fabricante de zapatos



Al día siguiente de nuestro regreso de la luna de miel me incorporé al despacho para vender zapatos. Mi suegro cumplió nuestro acuerdo previo al hacerme socio.

Teníamos un vendedor al que yo le ayudaba. A veces yo entregaba la mercancía, cobraba y vendía. Fue hasta 1959 cuando empecé a acudir a las grandes exposiciones del ramo zapatero de Nueva York y Chicago.

En ese año me senté con mi suegro para decirle que ese negocio no era suficiente para mantener a dos familias. Le expuse que no veía cómo podríamos sacar el negocio más adelante. Le comenté que quizás yo tendría que buscar una joyería o una fábrica de zapatos. Mis viajes eran

útiles pues traía nuevos modelos o adornos para zapatos, pero había problemas para su fabricación.

Decidido, mi suegro me propuso poner una fábrica de zapatos. En sus inicios, yo no sabía cómo hacer un zapato. Con el transcurrir del tiempo, llegamos a vender de cuatrocientos a quinientos pares en un mes. Por lo tanto, rentamos un local y procedimos a buscar un modelista. El modelista resultó un alcohólico que se desaparecía durante uno o dos días. En ocasiones, sobre todo los lunes, yo solía acudir a su casa para traerle a la fábrica. Yo solía creer en la gente. Con mucha sorpresa descubrí que había gente que se olvidaba de su trabajo.

Poco a poco hicimos la fábrica. Hasta que decidí aprender cómo se hacía el zapato. Bajé a la planta, observé a los obreros y dejé la oficina.

En el primer local estuvimos diez años, del cincuenta y nueve al sesenta y nueve. Producíamos mil pares de zapatos a la semana. Los enviábamos al interior de la República con un vendedor, en la Ciudad de México las zapaterías nos los compraban. A mí me correspondió abrir la ruta del Pacífico, recordaba mis tiempos de H. Steele.

En 1970, teníamos un terreno de dos mil metros en la colonia Granjas México, lo habíamos comprado en años anteriores. Ahí mi suegro construyó dos bodegas, cada una

de mil metros. Una de ellas la rentaba y la otra la ocupamos para la fábrica.

Al principio fabricamos un zapato fino para mujer. Lo vendíamos a la tienda El Puerto de Liverpool. Como Liverpool no admitía incrementos en los precios y los zapatos se encarecían por los adornos que tenían, hablé con mi suegro. Le propuse el plan de fabricar un zapato económico.

Mi planteamiento de venta fue con zapatos de cincuenta y cinco a sesenta pesos, el par. Porque lo que vendíamos costaba ciento dos o ciento veinte pesos. Mi suegro aceptó con reservas y empezamos a fabricar de doscientos a cuatrocientos pares al día.

Con un zapato más económico, se incrementó la producción hasta 600 pares diarios. Así trabajamos con esta artículo económico hasta mil novecientos setenta y cuatro.

En el año de 1977, en la Ciudad de México, fui elegido como Presidente de la Cámara Nacional de la Industria del Calzado y representante ante la Confederación de Cámaras Industriales.

Hasta ese año, vivíamos modestamente. Mi meta era mejorar la economía familiar, y para eso estaba trabajando.

También en ese año acudí a una exposición en Alemania donde me encontré con equipos de alta frecuencia que lograban que no se necesitara costura y el zapato era de

piel sintética. A pesar de ello, eran zapatos de vestir o de piso, para mujer. Se trataba de máquinas que inyectaban directo suelas al corte.

Al regresar a México, de inmediato platiqué con mi suegro quien al principio fue renuente a la compra de este sistema. Recuerdo su frase, "hasta cuándo vamos a seguir invirtiendo" y yo pensaba, que mientras la fábrica existiera, tenía que producir novedades. Al convencerlo invertimos en una máquina de inyección para suelas directas al corte que obtuvimos en el extranjero y compramos en México una máquina de alta frecuencia para producciones chicas. De estas últimas, fuimos los primeros en tenerla. Ambos sistemas tuvieron mucho éxito, sin embargo, había que comprar otra máquina de inyección.

Poco después, compramos una máquina de alta frecuencia con capacidad de una gran producción. En mayo de 1974, acudí a una exposición de calzado en la ciudad de León, Guanajuato. Atendiendo el stand, trabajé el sábado y el domingo y el lunes, ya estaba por tomar el avión para regresar a la ciudad de México cuando de pronto, sentí un dolor en el pecho, del lado izquierdo. De inmediato cancelé el vuelo y un industrial de tenerías me preguntó qué sucedía y le dije, así nomás, quizá es un infarto. Rápidamente me subió a su coche junto con mi agente de ventas y me llevó al hospital.

El hospital disponía de monjas enfermeras. A Guitele le avisó mi amigo Laszlo Weiss desde el hospital, comentándole mi estado de salud.

Al doctor que me recibió cuando llegué al hospital, le dije que creía que era un infarto. El doctor se retiró, quizá porque me autodiagnóstiqué.

A una monja enfermera que se encontraba en la habitación le pedí que le diera permiso de entrar al agente de ventas que me había acompañado hasta ahí. Le pedí que se comunicara por teléfono con Manuel Muñoz, amigo mío, y le preguntara por el mejor cardiólogo de la ciudad de León. Ya con los datos, mi agente de ventas le llamó al cardiólogo y le pidió que fuera al hospital para atenderme.

En la ciudad de México, mi suegro llamó al doctor Bialostotzky para llevarlo personalmente a León. En cuanto llegaron, el doctor dio las instrucciones médicas sobre la terapéutica que había que cumplir para mi recuperación.

Permanecí quince días hospitalizado y dado que aprendí el funcionamiento de los aparatos médicos, auxiliaba a las enfermeras que por cierto, eran sumamente serviciales. Guitele, me acompañaba y en la noche, las monjas le proporcionaban una habitación desocupada para que descansara.

Cuando regresé a México, el malestar volvió a presentarse, nuevamente me internaron. Extrañaba la atención

de las monjas de León. El hospital en que ahora me encontraba contaba con enfermeras de trato austero que me parecía en ocasiones, severo. Se equivocaron en la administración de mis medicamentos, cuestión muy delicada que tuvo consecuencias en mi salud.

Regresé a la fábrica con otro ritmo de trabajo. Al cardiólogo David Bialostotzky le debo la vida.

Mi cardiólogo me decía que me había sucedido algo malo que ahora se había convertido en bueno. Tuvo una plática larga conmigo, más como psicólogo que como médico. Me explicó que debía cambiar mi manera de vivir, estar a dieta, hacer ejercicio y sobre todo, trabajar menos. Lo escuché y le hice caso, disminuí mi entrega al trabajo, cuidé mi alimentación y el ejercicio se convirtió en mi compañero cotidiano. Pues aunque yo jugaba tenis una o dos veces por semana, no era suficiente.

Me recomendó que dado que en la ciudad de México todavía no se hacían los catéter, que viajara a Houston para que me lo hicieran. Dado que tendría que viajar para asistir a una exposición de calzado, programé también el viaje para acudir a un hospital a fin de que un médico me hiciera un catéter. El diagnóstico fue fatal, el 60& de las venas estaban tapadas y la única manera de mejorar mi estado de salud sería un ejercicio cotidiano.

La recomendación del médico no me satisfizo del todo.

De regreso a la Ciudad de México, asistimos a una cena organizada por una de las socias de Guitele, quien tenía su Clínica para Terapia de Lenguaje y Aprendizaje. Al marido de ella, le platiqué lo que había vivido en Houston y que desconocía el tipo de ejercicio que tendría que practicar. Respondió, "espérate un momento", y se dirigió hacia un librero de su casa. Regresó con un libro de unas 100 hojas. Se trataba de un libro con el título de "Aerobics" del doctor norteamericano Kenneth Cooper quien diseñó un método para mejorar el sistema cardiovascular y pulmonar. Como el doctor Cooper era médico de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, las primeras prácticas de aeróbicos están relacionadas con el ámbito militar. Me entusiasmé porque abordaba también sobre cómo empezar a caminar y correr después de un infarto.

Regresando de la cena, con el libro en una de mis manos, me puse a leerlo. De inmediato en la mañana me fui al deportivo israelita y empecé a seguir el sistema escrito por ese doctor y así, transcurrieron 19 años. Todos los días, excepto el viernes, a las seis de la mañana, practicaba el método meticulosamente. Por consideración a Guitele y mis hijos, dejé de hacerlo los sábados en el deportivo y lo hacía cerca de casa. Algo que me agradó mucho, fue con-

seguir un permiso especial en el deportivo para que mis hijos Salomón, Benny y Elena practicaran el correr con ese sistema. Llegaban conmigo a las seis de la mañana y después un chofer los dejaba en la escuela. Mi hija Elena que vive en Israel, practica la bicicleta todos los días. Salo y Benny también continúan corriendo.

Modifiqué mi horario laboral, estaba en mi trabajo a las 9 de la mañana y concluía a las 6 de la tarde. En ocasiones, retrasaba mi salida hasta las 7 u 8 de la noche.

Por lo que se refiere a la dieta, la modifiqué grandemente. Poca sal, nada de carne roja, muy poca grasa y pan.

Aun así, en 1974 armé una nueva fábrica con el sistema de inyección. La llamé Calzado Sinsa por aquello del apellido Singer y la personalidad mercantil de la empresa, una sociedad anónima. La instalé frente a la otra fábrica que se llamó, Calzado Adis.

Incrementé la producción de las dos fábricas y en 1978 tuve que cerrar la fábrica de Adis porque ocupaba demasiado tiempo. Se construyó además, una gran bodega para tener grandes inventarios de piel.

En 1978 se necesitaba una mayor inversión de capital y al planteárselo a mi suegro, me propuso que le comprara su parte pues él no estaba dispuesto a seguir invirtiendo. Dado que yo carecía de capital para compararle su parte, decidí empezar a buscar un socio.

De visita en Alemania, me encontré con el señor José Villamayor, quien era mi cliente y le propuse que comprara la parte de mi suegro. Escuchó con atención y me dijo que al llegar a la Ciudad de México se pondría en contacto conmigo. Así lo hizo y concertamos una cita con mi suegro. Llegaron a un acuerdo económico que incluía a un tío, el señor Anselmo Coto, quien participaría como socio con un 30% y el 20% sería la participación del señor José Villamayor; el 50% restante lo conservé yo.

La fábrica permaneció en la colonia Granjas México de 1978 hasta 1988. Yo dirigía la fábrica con un gerente de planta. En 1988 la fábrica creció y se hizo necesario comprar más maquinaria que se envió a la ciudad de León porque trasladamos toda la producción ahí. A esa fábrica le llamé Unión Magnum.

Montada la fábrica en León, se empezaron a producir 5000 pares diarios. Viajaba cada dos semanas en avión y permanecía dos días en León. Después, decidí viajar en mi auto ante la impuntualidad de la compañía de aviación.

Llegué a tener una gran producción pero también, bastante pérdida por causa de robos en la planta. Nos robaban los gerentes de planta, el director general, todos robaban. De esta situación fui avisado por el bodeguero que de la Ciudad de México se había ido a trabajar a la fábrica en León.

Me presenté en la planta y despedí al personal involucrado. Cerré la fábrica y decidí trasladarla nuevamente a la Ciudad de México, sólo había estado dos años en León.

En 1990 compramos un terreno en Tepozotlán, Estado de México, que contaba con 6,000 metros de bodega. La remodelamos para nuestras necesidades y en 25 trailers trajimos la fábrica de regreso.

El traslado duró tres meses, octubre noviembre y diciembre de 1990. Fue a partir de enero de 1991 que la fábrica empezó a funcionar en Tepozotlán.

Para la operación de la planta, traje de León a mi gente de confianza. Al principio empecé con 1,000 pares diarios y llegué a 5,000 en 1991.

Uno de mis socios, el señor Coto preguntó si yo estaría dispuesto a vender mi parte y yo accedí. Con el avalúo correspondiente a mi participación en la empresa, se llevó a cabo la operación.

Cuando llegué a la casa, le llamé a Benny para que viniera y a mi esposa le pedí que estuviera presente. Les platiqué lo que había sucedido y ambos, se asustaron. La esposa de Benny estaba presente y también se preocupó.

En abril de 1992, invité a mi hijo Benny para que me acompañara a una exposición de zapatos en Miami, Florida. Nos encontramos unos modelos de zapatos para hom-

bre, fabricados en China. Un norteamericano era el representante de la fábrica, me proporcionó los precios y regresamos a México sin un plan completo para este producto.

Con unos señores que tenían una fábrica de zapatos en el Distrito Federal, me asocié para importarlos en principio desde Taiwan. Viajamos a esta ciudad y nos atendieron las mismas personas que lo hacían cuando tenía la fábrica de zapatos.

Sin embargo, observé que en Taiwan ya no querían fabricar zapatos, todas las fábricas grandes se habían ido a China. Decidí viajar por avión a Hong Kong y de ahí ingresar a China. Conocimos varias fábricas.

En este viaje le compré a un agente chino zapato de mujer. Al regresar viajé a Estados Unidos y le compré al norteamericano 10000 pares de zapatos para hombre. Ese nuevo negocio, una distribuidora, llevó por nombre Calzado Confort Step, S.A

Cuando llegó el zapato, empezamos a hacer bastante buen negocio. Benny volvió a trabajar. En 1993, se cerró la frontera de importación de calzado de China y tuve dos barcos que se dirigían a México, sin que pudieran entrar, al final, los zapatos se quedaron en la aduana de Ciudad Juárez, Chihuahua.

Después, decidí traer el zapato desde Taiwan aunque más caro. Era la misma fábrica. Caminaba todo muy bien.

En diciembre de 1994 ocurrió la devaluación, y lo que nosotros debíamos pudimos cubrirlo porque afortunadamente, teníamos dinero en caja, deudores e inventarios. En los primeros cinco meses de 1995 pagamos a los bancos y quedamos a mano.

En un viaje que hice a León, en el avión de regreso, me encontré a un amigo del ramo. Estuvimos platicando y cuando bajamos me llevó del aeropuerto a casa. Empezamos a platicar y resultó que hacía zapatos de hombre. Le dije quién era y se interesó en que yo vendiera los zapatos, me envió las muestras y empecé a vender el zapato en la calle. El cliente era Domit y no nos permitía venderle a otras tiendas. Las dos familias, la de Benny y la mía, no podían vivir de ello.

En 1995 cerramos lo que era la distribución de calzado, y empezamos la reventa del zapato de León. Cuando cerramos la distribuidora no teníamos oficina y entonces en una comida que tuve con el señor Juan Carlos Hayek me dijo que él tenía un despacho que podía rentar una parte. Me pareció conveniente y ahí permanecimos como seis meses.

En ese tiempo, el señor Hayek me dijo que su hijo podía hacer un negocio de distribución de redes de computación. Lo mismo que en el zapato.

En ambos negocios, serían socios su hijo y él así como Benny y yo. El negocio de los zapatos no duró mucho tiem-

po pues no llenamos los requisitos de Domit y lo cerramos. El negocio de las redes de computación sigue hasta hoy día. Tanto el señor Hayek como yo, asistimos regularmente tres veces por semana, de 10 a 2 de la tarde.

Entre 1989 y 2001 hice tres negocios uno, magnífico. Sentado platicando con un agente que me vendía plástico laminado, le dije que quería poner una fábrica de bondeado de telas y telas plásticas con hule espuma. El motivo era porque yo necesitaba esa materia prima y sólo había un fábrica en México que lo producía.

El vendedor me dijo que aceptaría la gerencia y me reuní con los socios de la fábrica. Les expliqué nuestra idea y el plan de trabajo, lo aprobaron y aceptaron ser socios, incluso otras personas se unieron como socios. De inmediato, a la semana siguiente, fuimos a comprar una máquina usada para fabricar el producto. En el mismo año que iniciamos el proyecto, recuperamos la inversión. Yo fungía como Presidente del Consejo de Administración, situación difícil porque manejaba el proceso de fabricación a través de otra persona. Dado el interés del grupo Alfa por comprar nuestro negocio, le vendí y así concluyó esta empresa.

CAPÍTULO VIII

Regreso a Mosciska



Regresar a mi pueblo natal fue una decisión que tomé cuando habían transcurrido muchos años. Me acompañó Guitele con preocupación por mi posible estado emocional y físico.

Cuando concluí mi visita a Mosciska, me sentía enfermo, deprimido, por lo que había visto.

La indignación era mi sensación constante. Las piedras del cementerio y las lápidas de las tumbas las utilizaron para arreglar las calles. Me preguntaba en mi interior "¿quién lo hizo?" Los nazis en su camino de regreso de la Unión Soviética, habían dejado parte de su tropa en Mosciska. Con sus medios de persuasión, conseguían personas a su favor para sus objetivos de guerra.

Una señora que fuimos a visitar, vivía enfrente del panteón, nos platicó que escuchó gritos y disparos en el cementerio y que ahí mismo los enterraban. Además de judíos es muy probable que también polacos fueran sus víctimas, no lo sé a ciencia cierta.

En cuanto llegué al pueblo quería estar frente a lo que fue mi casa; reconocí el edificio, estaba todo reconstruido, la entrada había sido modificada. Por el jardín ingreso al edificio. Subí a lo que fue nuestro departamento, lo único que reconocí fueron las ventanas que eran dobles para evitar que los vidrios se congelaran en invierno. En verano se quitaba una de las ventanas. Esas ventanas es lo único que permanece ahí, desde que los soviéticos nos alejaran de allí para llevarnos a Siberia. Recuerdo una fotografía de mi hermana Mila, parada en la ventana. Tenía un año o dos de edad. Ella conserva aún esta fotografía.

Las escaleras que comunican con la tienda también permanecen, la tienda ahora entrega alimentos para la gente pobre.

La nostalgia por este pueblo, por todo lo que viví en él se transformó en presente. Con claridad, escuché el nombre con el que todos me llamaban. Antes, así era.

Me doy cuenta que no conozco a nadie. Entonces fui al colegio donde iban las mujeres, el jardín y la edificación estaban tal como en mi infancia.

Paso por la iglesia católica, veo a un mozo y pregunto por el sacerdote. Sí si está. El mozo fue por él a su casa, junto a la iglesia. Al acercarse a nosotros, me presento junto con mi esposa. Se quedó viéndome, nos invitó a comer, yo quería aprovechar el tiempo para recorrer el pueblo. El sacerdote me dijo que no recordaba a mi padre y a la tienda. Nos explicó que de niño lo llevaron a otra ciudad, estudió en Roma y después de la Segunda Guerra Mundial, regresó a predicar al pueblo. Éramos contemporáneos. Platicamos con él un rato y luego nos despedimos.

Fui a la escuela de hombres donde había cursado cinco años de estudios primarios. En Polonia era obligatorio, si el hijo no terminaba la primaria el padre iba a la cárcel. Había policía federal y la gendarmería era de la ciudad.

Había una especie de bandos municipales que se daban a conocer convocando a las personas con un tambor, luego chiflaban y volvían a tocar el tambor. A continuación sacaban un escrito y daban lectura al bando. Empezaba "Comunico a los ciudadanos de esta comunidad, lo que sigue ..." Todos le ponían atención. Aunque después colocaban anuncios en los postes del teléfono o telégrafo.

Empezaban a dar las noticias en la plaza, cerca de la bandera, en el centro de la ciudad y luego se dirigía a las esquinas de cada cuadra. Les llevaba todo el día su tarea de comunicación pública. Recuerdo una ocasión, en que

informaban el inicio y horario de clases y advertían a los padres, que serian arrestados si sus hijos no asistían a la escuela en cumplimiento al acuerdo que establecía el código nacional. Aún así había desertores.

Antes de esta visita, no me había atrevido a repensar mi pueblo. El dolor se va y la añoranza llega. Mosciska era una comunidad de agricultores, los judíos se dedicaban al comercio, la industria, las finanzas y por tradición, a la educación.

Lo anterior tiene su historia. Los cronistas polacos del siglo XI mencionan que los judíos estaban viviendo en Gnizno, que fue la capital del reino polaco en la época de la Dinastía Piast. Un erudito judío llamado Jehuda ha-Kohen menciona que en el año 1085 exitía una comunidad estable en la ciudad de Przemy'l que en ese entonces no pertenecía a Polonia sino a Rutenia. Como recordarán mis abuelos paternos vivieron ahí.

Por cierto, cuando Guitele y yo visitamos por primera vez Cracovia, en el palacio real, conocimos una pintura de Jan Matejko –considerado el mayor pintor histórico de todos los tiempos– llamada "Inmigración de judíos a Polonia 1096". ¡Ah! como nos impresionó, la imagen del rabino portando la Torá pesó en mi corazón.

En 1334 Casimiro III de Polonia, o Casimiro el Grande, amplió los derechos de todos los polacos y de los judíos

en particular por medio del "Estatuto de Wislicki". A Casimiro se le recuerda como el "Rey de los siervos y de los judíos" porque fue un gobernante especialmente tolerante con los judíos polacos. Grandes contingentes de judíos alemanes se trasladaron al reino de Polonia debido a la persecución causada porque se les acusaba de ser los culpables de la peste negra. Todos los reyes de ese entonces, en diferentes naciones, invitaron a los judíos para recabar los impuestos, y llevar las finanzas del reino pues esto fortalecía el poder económico de sus reinos y por lo tanto, su existencia y permanencia.

Los judíos además de financieros se habían desarrollado en el comercio, la industria y la cultura.

Cada quien vivía de su propio producto. Los judíos desarrollarían las otras industrias.

Recordé que mi hermano Jorge era muy conocido en Mosciska, era un joven de menos de 21 años que tenía una posición cómoda proveniente de su familia y para sus contemporáneos era elegante, era singular, se vestía como dandy. Era guapo, varonil además de inteligente. Me llevaba doce años de edad. Yo le quise mucho y lo admiraba, por eso con frecuencia presumía de él ante mis amigos. Cuando Jorge organizaba excursiones con sus amigos, que eran muchos, yo solía tener el permiso de mis padres para acompañarlo.

Jorge estudió hasta el Gimnasio, me parece que esto es equivalente al nivel de high school en el sistema educativo anglosajón. Había aprendido a escribir y hablar el griego y el latín. En los tiempos de nuestra niñez y juventud, todo estudiante aprendía tanto el latín como el griego. Eso a mi parecer, por lo que viví, representaba una ventaja en el aprendizaje de otros idiomas.

Mi hermano poseía una simpatía natural que le hacía ganarse fácilmente el cariño de las personas. Antes de partir para México, Jorge trabajaba en la tienda de mi padre. Le ayudaba a papá, entre otras tareas, iba a otras ciudades a comprar mercancía que se vendía en la tienda. También fue sionista, dirigió un grupo de jóvenes. El sión es por la estrella de David. Como todo sionista Jorge quería viajar a Palestina; al darse cuenta que no podía migrar a Palestina, consiguió viajar a México y después, planeó llevar a su familia a América.

Recuerdo que cuando Jorge inició su viaje a México, mi padre me explicó que la familia lo acompañaría a Pezemys'l porque de ahí partía el tren que lo llevaría directamente a Varsovia. Mis tíos y mi abuelo paterno hicieron una cena de despedida, también acudió la novia de Jorge. Cuando el tren partió, yo empecé a llorar pues mi hermano era especialmente cariñoso conmigo. Para consolarme, mi padre me

prometió que me compraría un balón de futbol, así lo hizo al día siguiente. Mi padre regresó a Mosciska, nosotros nos quedamos con mi madre un día más en Pezemys'l.

Cuando llegamos a Mosciska, inmediatamente yo me fui a jugar con mi balón a un terreno baldío que estaba en contraesquina de casa. Papá alcanzó a verme jugar y me llamó. Acudí hacia él y me pidió el balón. Me dijo que vendería el balón porque en lugar de acudir a saludarlo había preferido ir a jugar. Así lo hizo, cumplió su palabra. Era estricto mi padre.

Si han llegado hasta aquí en su lectura, sabrán que a mi hermano los nazis y los soviéticos le ganaron su propósito de llevarnos a todos a México.

Mi padre fue asesinado a las afueras de Kiev y el resto de la familia: mi madre, mis dos hermanas y yo, fuimos llevados a la fuerza por los soviéticos a Siberia.

En el pueblo había ucranianos que eran cristianos ortodoxos, una minoría. Los soviéticos tomaron polacos, ucranianos y judíos para llevarlos a trabajos forzados a Siberia. Colonizaban un territorio y lograban sus metas de producción agrícola a costa de seres humanos esclavizados.

Como todo poder autoritario, los nazis y los soviéticos, practicaron el terrorismo suprimiendo todo derecho humano.

Al salir del pueblo pensé que había atendido mi inquietud de regresar a Mosciska pero al mismo tiempo, mi necesidad de reencuentro con el lugar donde nací, en cierta manera fue infructuosa. No había logrado restablecer ese vínculo primigenio con el lugar de mi infancia.

Transcurridos muchos años, quizás cuarenta, la fuerza destructora de los nazis y soviéticos había logrado transformar Mosciska.

CAPÍTULO IX

Encuentro con la cerámica



Llego a la cerámica por mi esposa Guitele. Ella a su vez había iniciado ese arte por medio de una amiga. Esta amiga la invitó a probar tomando unas clases durante un mes.

Cuando mis actividades disminuyen porque vendo la fábrica, la primera que se interesa porque yo mantenga interés en la vida es Guitele.

Esta aventura ha sido muy interesante. Pienso que mi alma de zapatero, que es decir de artesano, apoyó mi incursión en la cerámica.

Al principio, decido empezar por el torno. Años atrás ya había iniciado mi aprendizaje de este tan interesante

aparato tan presente en muchas culturas. Empiezo en un torno eléctrico que es necesario elevar su altura para que yo lo maneje permaneciendo de pie. El motivo es una lesión en la espalda que tengo que cuidar.

En un viaje a Estados Unidos, conozco el funcionamiento de las tarrajas y transformo mi manejo del torno. Dedico mi tiempo más bien a diseñar formas para que sean construidos moldes de yeso para una tarraja que se adapta al torno eléctrico.

Así empiezo a producir mis vasijas con acabados que al principio se caracterizan por esmaltados formales que resaltan las vasijas. Con el tiempo, me empieza a gustar los acabados expresivos que hacen que las vasijas adquieran mayor singularidad.

Con una esposa inquieta como Guitele, empezamos a organizar nuestra primera exposición e incluimos a nuestra hija Sara. Así, en la Galería Torre del Reloj ubicada en Polanco, presentamos nuestra exposición "3 Singer en el arte. Escultura, Cerámica y Fotografía " cuya inauguración fue el 13 de octubre del 2009.

Me alejo de la tarraja para experimentar un mayor número de formas. Me gustan los desafíos, los retos y hacer cosas singulares. Me gustan los grandes formatos y los juegos de piezas. Empiezo a encargar la elaboración de mol-

des con formas que elijo con más atrevimiento. Continúo haciendo acabados a base de esmaltes.

Al tiempo, después de tomar un curso de impresiones en cerámica incursiono en la utilización de engobes en mis piezas, cubiertos con esmaltes brillantes o mates. Termino prefiriendo los mates.

Es justamente en este proceso que me encuentro. Empiezo a interesarme por aquello que me presenta el campo cerámico. Asisto a exposiciones, visito poblaciones alfareras, en mis viajes al extranjero incorporo mi interés por la cerámica, también empiezo a participar en concursos y exposiciones colectivas.

En la penúltima bienal de cerámica utilitaria del Museo Franz Mayer obtengo una mención honorífica y estoy a la espera de los resultados de la última convocatoria.

La cerámica ha enriquecido mi vida interior dándole un vuelco inesperado. No acabo de sorprenderme. Estoy inmerso en ella y cada vez más con un mayor involucramiento.

Estoy en la vida, haciendo. Saben a lo que me refiero, es una bendición tener un quehacer que nos mantenga involucrados con la vida. En mi caso, me permite transitarla siendo útil. Aprendí la importancia de ello, sin embargo también hay que considerar que nuestra sola existencia también es importante debido a que ocupamos un espacio en el corazón de los cercanos. Puedo decir que especialmente en mi esposa y mi familia pero también entre los amigos.

La cerámica es ahora mi ocupación más cercana y la lectura me sigue acompañando. Convivo en la vida de mis hijos y nietas y con mi esposa, hacemos una vida juntos al concebir proyectos a realizar.

Los amigos amplían mis afectos a tal punto que los considero imprescindibles. La propia vida, el trabajo de zapatero, la cerámica, me dan amigos entrañables.

Mi tradición judía está entreverada irremediablemente en mi existencia, para mi bien. Pienso que hasta ahora, nuestra tradición subyace en nosotros y desde ahí se proyecta en nuestros actos.

Lo terrible y lo grato lo he experimentado, obteniendo algo de experiencia y conocimiento acerca del significado de vivir. De estos contrastes surgen los momentos de felicidad que he experimentado. Al mismo tiempo, nace en mí un sentimiento de agradecimiento.

A mi edad, por fuerza diría yo, sabemos algunas cosas que en los jóvenes son una novedad que se les presentan para experimentar la existencia. Construirán así su propia vida y algunos, descubrirán su maravilloso significado. Eso quiero para mis hijos y nietas y también, para las nuevas generaciones.

¿Para qué? Pienso que si cada vez un mayor número de seres humanos encuentran su realización plena, este mundo será mejor ya que habrá en su corazón agradecimiento y por lo tanto, un interés desinteresado por la vida de los demás.

En la actualidad la mayoría de nosotros, estamos muy ocupados en obtener sólo un beneficio económico para satisfacciones egoístas.

Necesitamos recuperar lo que quizá, tengo la impresión, existía antes de la década de los cincuenta. Una vida en comunidad que permitía a cada ser humano, crecer en compañía de otros.

Cada vez el individualismo hace estragos mayores convirtiéndonos sólo en consumidores. Este mundo necesita seres humanos viviendo una vida colmada de humanismo para uno y para los otros. Mi esperanza está ahí.

Cierro con una cita del libro de Stefan Zweig, *Veinticuatro horas en la vida de una mujer:*

"El tiempo, no obstante, posee una fuerza profunda y la vejez un singular poder para despojar de intensidad a los sentimientos. Vemos aproximarse la muerte; su sombra negra se proyecta ante nuestros pasos, y, entonces, los hechos nos resultan más amortiguados, no penetran con profundidad en nuestros sentidos, pierden gran parte de su peligrosa violencia. Lentamente llegué a cumplir los ..."
ochenta y seis años, en mi caso.



Una segunda vida
se terminó de imprimir en noviembre de 2013
en Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
con domicilio en Calle 2 número 21,
San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F.



Esta obra nació del deseo por atender una petición familiar para darles a conocer lo que fue mi vida durante la Segunda Guerra Mundial. Esta etapa, nunca la había contado, ni siquiera a mi esposa Guitele. Ella, mi hermano Jorge y algunos amigos conocían algunos datos aislados porque había sido necesario.

Mi hermana Mila –sobreviviente como yo- junto con nuestra madre Sara y nuestra hermana Lea, vivimos el viaje forzoso de nuestra Mosciska, Polonia a Siberia.

Se convirtió en una biografía porque quise describir no sólo ése pasaje trágico, sino mostrar todos los aspectos maravillosos que he vivido.

Al lector casual de esta pequeña obra podría decirle que fue escrita con afán de comunicar mi experiencia de vida a mis nietas. Sin embargo, la obra con su inercia propia llega a sus manos.

La vida me ha brindado lo dulce y amargo que tiene y de esta forma, me ha hecho una persona agradecida con ella pues me ha dado los ingredientes necesarios para valorarla y encontrar el sentido de vivir.

Mauricio Singer Pféffer